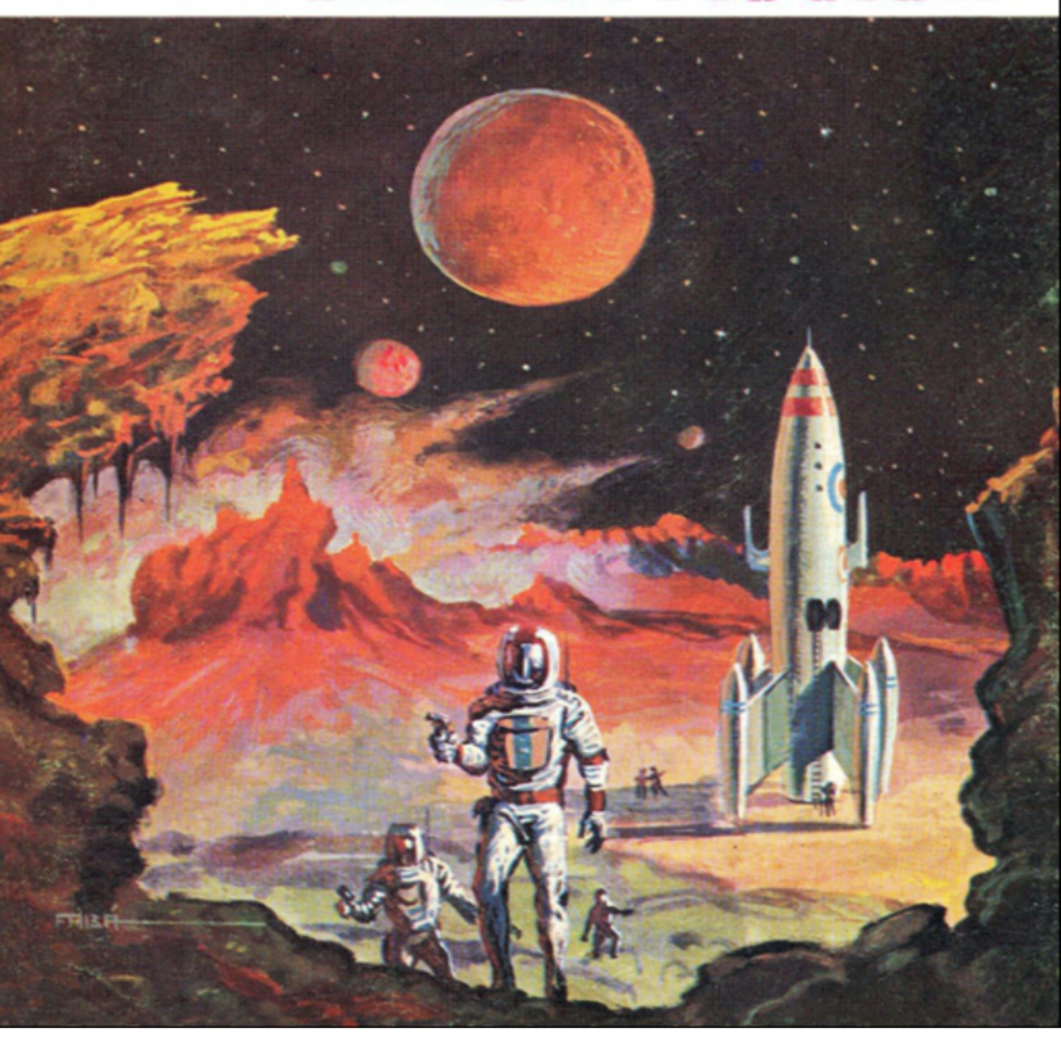
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LOS TERRICOLAS

Marcus Sidereo

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LOS TERRICOLAS

Marcus Sidereo

CIENCIA FICCION




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

346.— ¡Amenaza en órbita! Glenn Parrish.

347.— El gigante sideral. Ralph Barby.

348.— Prisión en Ganimedes. A. Thorkent.

349.—Viaje hacia el horror. Kelltom Mclntire.

350.— Viento del infierno. Ray Lester.

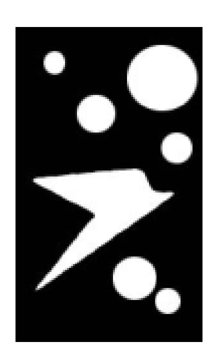
MARCUS SIDEREO

LOS TERRICOLAS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 351

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 11.877 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: mayo, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

En lo más profundo de la caverna natural, en un valle rocoso inaccesible para el resto de los humanos, un hombre muy viejo se estaba muriendo.

—Recuérdalo, Hund. Yo voy a morir. Voy a morir ahora, en un lugar extraño, lejos de Kerko, mi planeta, el de nuestros antepasados, allí donde teníamos nuestra casa y allí donde murió tu madre asesinada por los invasores de Tron...

El hombre hizo una pausa sin que su joven interlocutor le interrumpiera.

El moribundo prosiguió:

—Fuimos invadidos y aniquilados. Sólo tú y yo conseguimos salvarnos. Día a día me he dado cuenta de que no sólo mi arrojo y mi inteligencia consiguieron que salváramos la vida. Ni siquiera la suerte... Fue el Designio de nuestra raza. El Don poderoso que no pudo permitir el exterminio total... Yo ya era demasiado viejo, hijo mío, pero tú, en cambio, eres joven y estás en condiciones de perpetuar nuestra raza...

Otra pausa. Al moribundo le costaba cada vez un mayor esfuerzo articular las palabras, pero era necesario que pudiera transmitir su último mensaje a su descendiente.

—Tu inteligencia te permitirá encontrar una mujer con los genes especiales... los más parecidos a nuestras

características. Nuestro sistema de adaptación nos permite convivir con los humanos de este planeta al que llegamos hace algunos años.

Y añadió:

—Hund, hijo... No eres tú el llamado a reconquistar nuestro Kerko, ni lo será tu hijo, ni el hijo de tu hijo...

Pasarán muchas generaciones antes de que alguien de mi raza y de mi sangre dé cumplida venganza a nuestros invasores. Pero yo sé que llegará el día que un Hund llevará a cabo la reconquista aniquilando a quienes nos arrojaron de nuestro habitáculo, asesinando y destruyendo hasta el fin.

La fatiga impedía al viejo seguir hablando.

Hund le observaba con la mirada serena de sus ojos azules. Sonrió como para dar ánimos al moribundo, que al fin continuó:

—Cuando tengas un hijo, Hund, transmítele mis palabras para que a su vez las transmita a su heredero y así sucesivamente hasta que nazca el llamado a efectuar la venganza.

Un último esfuerzo para concluir:

—Ahora vete, hijo. Mézclate con la gente de este planeta del que lo sabemos casi todo. Tu inteligencia te permitirá escalar rápidamente un puesto importante en la vida. Vive como ellos, cásate con la mujer que «sepas» que su planetario congenie con el tuyo y tened un heredero... Empieza ahora mismo, Hund. Ponte un nombre delante, un nombre acorde con los de este planeta. No lo olvides... Ahora estás en este habitáculo que sus moradores llaman Tierra.

* * *

Diez generaciones más tarde en Río de Janeiro los periódicos anunciaban el grave estado del multimillonanario Hallen Cave Hund. Moría relativamente joven.

50 años.

Su última voluntad fue quedarse solo con su hijo de veinte, Hallen Hund.

—Temo haber sido un desprestigio para nuestra raza. Todos han muerto viejos. Yo soy víctima de mis excesos. No sigas mis pasos, Hallen. Piensa en la misión de la que ya te hablé. Cuídate. Siento que el momento está próximo. El elegido para la venganza está próximo a llegar. Quizá sea tu hijo... o tu nieto...

Esas fueron las últimas palabras del décimo Hund nacido en el planeta Tierra.

CAPÍTULO II

La Tierra había pasado ya los primeros cien años de fase previa de ensayos espaciales.

La certeza de la existencia de seres vivos en otro planeta aún no había sido probada, pero con el tiempo aumentaban los estudiosos y se imponía una lógica incuestionable.

—En la inmensidad del Cosmos la Tierra es sólo un puntito insignificante. Es pecar de excesivo orgullo el creer que sólo nuestro planeta está habitado —explicaba el profesor Lefevre en su clase de iniciación a las ciencias espaciales.

Un alumno indicó:

—Se acepta la posibilidad de vida, es cierto, pero no necesariamente idéntica a la nuestra. ¿Es eso lo que quiere decir, profesor Lefevre?

Waldin Hund no parecía demasiado interesado por las explicaciones y posterior discusión de las teorías espaciales.

Waldin Hund con sus 21 años, graduado en Física y Química espaciales, con el título de piloto de 1.a B (para la 1.a A se necesitaba tener 25 años cumplidos) y a punto de concluir la especialización del manejo y programación de computadoras, tenía puestos ahora sus ojos en la rubia de ojos azules Ilana Bianchi.

Sus miradas coincidieron y sin palabras ambos parecieron comprenderse.

Al unísono, como impulsados por una fuerza irresistible que les

empujaba entre sí, salieron del aula.

Lefevre fingió no darse cuenta. Les conocía a ambos. Sabía lo muy aplicados que se mostraban y hasta sospechaba algo inconcreto de tanta capacidad. Algo que no sabía cómo catalogar y por ello no había hablado con nadie de lo que pensaba.

En aquel instante, Lefevre, siguiendo con la clase, manifestaba:

—Tampoco cabe desechar la posibilidad de que seres de otros planetas convivan con nosotros. Ahora, en estos momentos y bajo una apariencia idéntica a la nuestra.

Y en el jardín contiguo al aula, Ilana Bianchi preguntó:

—¿Tú crees que Lefevre sospecha algo?

—¿Y qué es lo que puede sospechar? —sonrió el alto rubio de ojos azules Waldin Hund.

—Bueno, pues... que tú y yo nos comprendemos con la mirada.

—Eso no es malo —sonrió de nuevo Hund—. No hacemos más que utilizar un sentido que la mayoría de los humanos desconocen. No tiene nada de extraordinario.

—Es lo que yo pienso, Hund. Pero yo siempre he tenido ideas extrañas... A veces me da la sensación de que no soy de este planeta... Creo haber vivido lejos, muy lejos de aquí, con otra gente... Un mundo distinto, próspero, eternamente en paz. Un mundo de seres inteligentes para quienes los terrícolas serían menos que simples hormigas.

—Existe este mundo, Ilana. Yo te llevaré a él.

—¿Bromeas?

—No, Ilana. Tú y yo hemos nacido para convivir juntos y hacer algo grande... Sé que soy el elegido...

—¿El elegido? ¿Para qué...? Ahora sí que no te comprendo...

Hund la miró fijamente durante unos segundos, e Ilana, poco a poco, pareció reaccionar. Su rostro se abrió en una amplia sonrisa y al fin confesó:

—Creo que comienzo a comprender...

—Mañana nos iremos, Ilana…

—¿Cómo?

—Voy a salir en un viaje rutinario. Tengo permiso. Te introduciré en la nave. Nadie va a enterarse.

—Pero con una nave normal no podrás ir muy lejos…

—La he preparado convenientemente. Ellos, los técnicos, ignoran todavía lo que hay que hacer para potenciar esas naves. Les falta muy poco y es tan sencillo que no se dan cuenta. Lo tienen ante sus narices y no saben verlo.

—No son tan inteligentes como tú, Hund.

—Te espero mañana. Una hora después del amanecer. Ese será el momento de nuestra marcha.

En el aula, el profesor seguía dando su clase. A través del ventanal observó cómo la pareja se besaba.

CAPÍTULO III

Dos días más tarde

—Es inútil —decía el comandante Darson, jefe de la base—. Ese muchacho se ha perdido. El radar ya no le localiza y las ondas ultrasónicas no le alcanzan.

Estaban hablando de Waldin Hund, desaparecido desde el día anterior.

El oficial de guardia de ese día informaba al padre de Waldin Hund.

—Su hijo es un extraordinario piloto, señor. Quizá exista todavía alguna esperanza.

El padre de Waldin Hund no parecía muy afectado. Por el contrario, su respuesta comedida y serena expresaba honda satisfacción.

—Sé lo que vale mi hijo. Y sé que conseguirá… lo que tiene que conseguir.

Lefevre se encontraba también en la antesala del cuarto de controles. Estaba allí porque también había sido informado por los medios de comunicación de la desaparición de su alumno.

No intervino en la discusión y aguardó a que el padre de Waldin se alejara para salirle al paso.

—Soy Lefevre. Es posible que su hijo le haya hablado de mí.

—Sí. Creo recordar su nombre… ¿Qué desea usted?

—Muchas cosas, pero no sé cómo empezar.

—Le ruego que sea breve. Tengo mucho trabajo en casa.

—No parece usted muy apenado por la desaparición de su hijo.

El padre de Waldin se quedó observándole en silencio y el profesor se apresuró a añadir:

—Quizás esperaba usted esa desaparición.

—¿Es eso lo que tenía que decirme? —preguntó el señor Hund muy cortésmente.

Lefevre se apresuró a replicar:

—Perdone… A veces he creído captar algún mensaje de su hijo. ¿Entiende lo que quiero decir? Me ha parecido… ha sido sólo de una manera fugaz, pero… he tenido la sensación de captar… una especie de ondas.

Hizo una pausa que Hund padre no hizo nada por romper. Y Lefevre añadió:

—Usted sabe de qué le hablo, ¿verdad? Usted y su hijo pueden comunicarse así... Es posible que incluso en la distancia.

Tampoco hubo aclaración a la posibilidad insinuada por el profesor.

—Ahora mismo tal vez usted sepa dónde está su hijo.

—¿Le interesa mucho todo esto? —preguntó al fin el señor Hund mirando siempre con la misma atención a su interlocutor, clavándole los ojos, pero sin ningún brillo malévolo o amenazador en ellos.

—Sí, señor Hund. Me interesa porque admiro la inteligencia y me inclino ante quienes son capaces de potenciar todos sus sentidos utilizando las fuerzas que la inmensa mayoría desconocemos.

—Es de admirar su sinceridad en estos tiempos que corremos, profesor Lefevre. Celebro haberle conocido.

Y ahora..., si me permite, debo irme. Buenos días.

Marchándose ya el señor Hund, Lefevre le llamó:

—¡Escuche! Si hay ocasión me gustaría ir...

—¿Cómo? —inquirió el señor Hund volviéndose lentamente.

—Me gustaría ir... donde esté su hijo. Donde pudiera aprender...

Hund movió la cabeza lentamente y al fin se alejó. Lefevre quedó solo unos instantes hasta que apareció el comandante Darson.

—¿Ha estado hablando con el padre del piloto? —preguntó.

—Sí.

—En su época fue el número uno. Nadie fue capaz de igualarle... —dijo el comandante—. Su hijo seguía sus mismos pasos. Y de repente... Nadie sabe lo que ha ocurrido, pero temo lo peor. No llevaba combustible para tanto tiempo.

—Sin embargo, comandante, yo creo que él volverá...

—No sé cómo. Es científicamente imposible.

—Científicamente sí. Al menos por lo que nosotros entendemos como científico.

—¿Qué demonios quiere decir?

—Nada, simplemente que si no vuelve, sabremos de él. Ya ha podido darse cuenta de que su padre apenas se ha inmutado.

—Son gente de temple. Tienen una gran sangre fría. De todos modos habla usted de un modo como si supiera algo concreto.

—No sé nada en concreto, comandante. Simplemente es un presentimiento. Gente como los Hund no son muy corrientes.

El comandante se alejó alzando los hombros. No tenía tiempo para divagar.

Lefevre, con su mirar despierto, volvió los ojos al cielo y murmuró:

—Sí. Admito la posibilidad de existencia de seres extraterrestres habitando entre nosotros.

Salió de la base lanzando miradas al aire hasta que la femenina voz de Lara le volvió a la realidad.

—¿Qué se celebra hoy? El pájaro ha salido de su jaula... Es un acontecimiento verte lejos del Instituto. Llegué a pensar que te habías traído la cama allí.

La bella Lara se aproximó a Lefevre, por quien evidentemente suspiraba y no se recataba de demostrarlo.

Claro que Lefevre era joven aún. Poco más de treinta años, tenía un atlético cuerpo y ojos soñadores. Lefevre era, sobre todo, un hombre muy inteligente.

—Hola, Lara. Celebro verte. ¿Y sabes? Hoy me he tomado un día de asueto. Tenía algunas cosas que hacer y...

—Tú, cuando tienes cosas que hacer, cambias el Instituto por tu despacho privado...

—Tienes razón...

—Por cierto. ¿Era alumno tuvo ese piloto que ha desaparecido?

—Sí, Lara, pero no ha desaparecido. Yo sé que no ha

desaparecido…

—¿Qué? ¿Qué es lo que sabes?

—Algo de lo que cada vez estoy más seguro… Y ahora… Es curioso, creo que llegan hasta mí unas ondas…

Si pudiera comprender… No sé. Presiento que ocurre algo. Algo importante.

Lara estaba atónita. Lefevre parecía haber entrado en tránsito. Su pensamiento estaba muy lejos. Lejísimos.

Y trataba de captar un extraño mensaje.

CAPÍTULO IV

—Kerko. Esto es Kerko —dijo Hund.

Habían llegado el día anterior a una velocidad que nadie hubiese sido capaz de controlar. Sin embargo, desde la nave, Ilana tuvo la sensación de que se trataba de un corto paseo.

—Tan cerca de la Tierra y sin embargo su existencia era desconocida por todos.

—No tan cerca, Ilana, pero eso no importa ahora. Vayamos a la ciudad.

—¿Hay una ciudad?

—Existen cinco núcleos de población en el hemisferio habitable. La Central es Kerkonsan. Muy cerca de aquí.

La nave Terrena había quedado en el interior de un cráter en la suave ladera de una montaña que ambos ascendieron respirando un aire absolutamente puro.

Al llegar a la cima divisaron la arquitectura del núcleo central muy

próximo ya.

—¿Cómo es la gente de este lugar? —quiso saber Ilana.

—Físicamente igual a nosotros. Las pequeñas diferencias se corrigen a través de la atmósfera. Tú y yo nos vemos iguales, pero en realidad hemos sufrido una ligera variación. Podemos confundirnos con la gente de Kerko sin que adviertan la diferencia.

Sin embargo Hund, en aquel instante, captó una señal. Se trataba de algo que le puso en guardia. Aquella señal no vaticinaba nada bueno.

Miró en torno suyo.

—¿Qué pasa? —inquirió la muchacha.

—No estoy seguro, pero creo que nos han detectado... Sí... Vienen a por nosotros. Yo no sabía esto... Parece como si... ¡Esto es! Tienen un sistema de ondas que les permite detectar a los extraños... Una buena precaución...

—¿Y qué ocurrirá ahora?

Hund no contestó. Miró en todas direcciones. Todo seguía en calma hasta que de repente:

—¡Mira, Hund! ¡Allí!

Por los aires se aproximaba algo. Al principio era un objeto lejano, pero en seguida se aproximó a una velocidad terrorífica.

—Un robot volador —musitó Hund.

Otros dos artefactos idénticos volaban hacia ellos, Ilana sintió miedo.

—¡Quieta! Sería inútil escapar. Puede que se trate de una policía anti-invasiones... Esa gente sabe mucho de esto. Ellos invadieron el planeta hace muchas generaciones.

Los tres robots voladores tomaron contacto con el suelo, situándose en derredor de la joven pareja. Los dos pares de brazos tentaculares de que disponía cada uno de los robots se enderezaron formando cuatro aspas en cuyas extremidades se formaba una especie de mano terminada con dos dedos o tenazas. De las palmas dimanaba una pequeña luz oscilante y surgía un sonido intermitente. Bib, bib, bib...

Una voz metálica sonó al mismo tiempo. Era un sonido tetrafónico dirigido en la distancia y emitido por los tres robots.

—Extranjeros. Toda resistencia será inútil.

—¡La pistola, Hund! —exclamó la muchacha, pero Hund no hizo la menor intención de utilizarla.

—Sería inútil. Nuestras armas son demasiado simples para la técnica ante la que nos hallamos.

Dos robots iniciaron un movimiento de avance hacia ellos. Ilana, instintivamente, se abrazó a Hund.

—Los robots —dijo la voz tetrafónica— os trasladarán.

Uno de los artefactos se aproximaba con sus tentáculos hacia delante. Ilana soltó un grito:

—¡No! No quiero que me toquen —exclamó.

El segundo robot, caminaba por el costado de Hund, mientras el tercero permanecía a la expectativa.

—No somos invasores —dijo Hund—. Venimos del planeta Tierra en viaje de exploración. Queremos ir a la ciudad por nuestros propios medios, pero acataremos vuestra disciplina si se trata sólo de una formalidad.

No hubo respuesta y los dos robots siguieron avanzando.

Ilana no quería ver aquellos brazos articulares como avanzaban hacia ella. Lanzó un grito y ocultó el rostro en el pecho de Hund.

—Seguramente quieren hacernos preguntas —dijo Hund—. Si hubieran querido atacarnos ya lo hubieran hecho.

Hund la soltó suavemente. Los robots estaban prácticamente rozando a los dos astronautas.

La muchacha no pudo resistirlo y trató de huir. Hund se volvió hacia ella sin moverse.

Entonces del vértice de uno de los tentáculos del robot surgió algo invisible. Algo que produjo el sonido de un escape de aire.

—¡No! —gritó Hund.

La muchacha cayó fulminada.

CAPÍTULO V

—¿Qué le habéis hecho? ¡Ella no hubiera podido escapar! ¿Qué clase de gente sois vosotros que tratáis así a los visitantes? Ya os he dicho

que éramos simples exploradores…

Pero las palabras de Hund seguían sin tener respuesta.

—Voy a aproximarme a ella. Quiero saber qué le habéis hecho. No pienso huir.

Iba a avanzar hacia Ilana que seguía en el suelo inconsciente, inmóvil, pero la voz le detuvo:

—¡No te muevas! No la toques…

Hund cerró los puños. Se sentía impotente y pensó que tal vez había anticipado demasiado aquel viaje. No era el momento, pero ya era tarde para volverse atrás.

«No puedo fracasar —se dijo—. Soy el último de los Hund… El último de mi raza. El vengador de mi especie. No puedo sucumbir sin haber llevado a cabo la misión que tengo encomendada…»

Fue entonces cuando apareció el bólido triangular surcando el espacio y lanzando continuos destellos.

Los robots quedaron momentáneamente paralizados. Fue sólo un segundo porque inmediatamente cada uno de ellos aumentó las vibraciones y comenzaron a elevarse. De la nave triangular surgieron unos rayos continuos dirigidos a los fugitivos. Uno de los rayos alcanzó su objetivo y el robot se desintegró en pleno vuelo, quedando reducido prácticamente a la nada.

La nave se posó en el suelo, mientras Hund corría para auxiliar a Ilana.

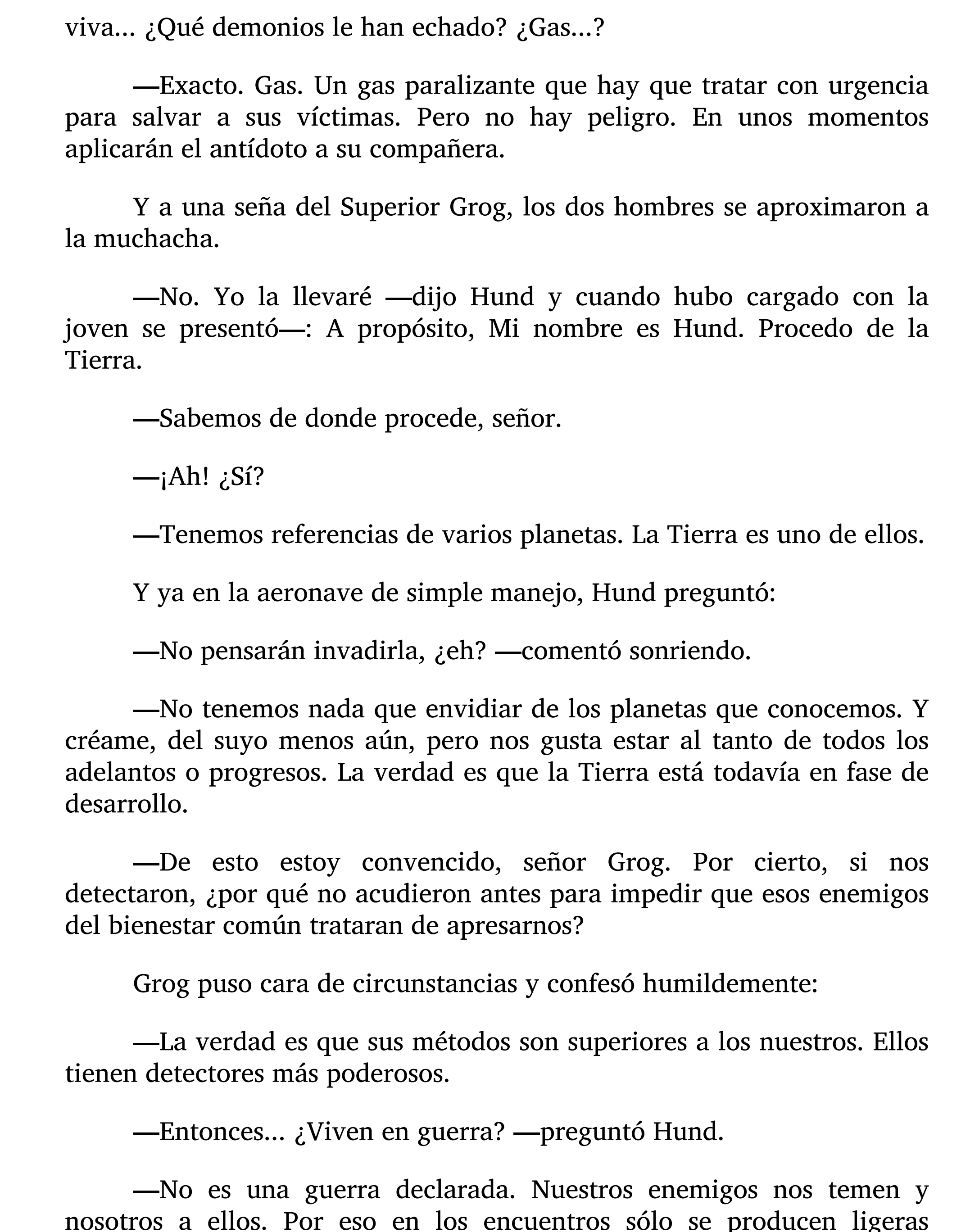
Una voz le detuvo:

—Es mejor que no la mueva.

Hund se volvió hacia el hombre que acaba de surgir de la nave de la que acababan de salir otros dos seres con una ropa peculiar. Era un uniforme.

—Permítame que me presente, señor —dijo el que había hablado antes—. Mi nombre es Grog. Superior de la Seguridad. Lamento las molestias que les han ocasionado los enemigos del bienestar común. No hemos podido llegar antes.

—Atienda a la señorita, por favor —pidió Hund—. Creo que está



viva… ¿Qué demonios le han echado? ¿Gas…?

—Exacto. Gas. Un gas paralizante que hay que tratar con urgencia para salvar a sus víctimas. Pero no hay peligro. En unos momentos aplicarán el antídoto a su compañera.

Y a una seña del Superior Grog, los dos hombres se aproximaron a la muchacha.

—No. Yo la llevaré —dijo Hund y cuando hubo cargado con la joven se presentó—: A propósito, Mi nombre es Hund. Procedo de la Tierra.

—Sabemos de donde procede, señor.

—¡Ah! ¿Sí?

—Tenemos referencias de varios planetas. La Tierra es uno de ellos.

Y ya en la aeronave de simple manejo, Hund preguntó:

—No pensarán invadirla, ¿eh? —comentó sonriendo.

—No tenemos nada que envidiar de los planetas que conocemos. Y créame, del suyo menos aún, pero nos gusta estar al tanto de todos los adelantos o progresos. La verdad es que la Tierra está todavía en fase de desarrollo.

—De esto estoy convencido, señor Grog. Por cierto, si nos detectaron, ¿por qué no acudieron antes para impedir que esos enemigos del bienestar común trataran de apresarnos?

Grog puso cara de circunstancias y confesó humildemente:

—La verdad es que sus métodos son superiores a los nuestros. Ellos tienen detectores más poderosos.

—Entonces… ¿Viven en guerra? —preguntó Hund.

—No es una guerra declarada. Nuestros enemigos nos temen y nosotros a ellos. Por eso en los encuentros sólo se producen ligeras escaramuzas. Hemos perdido algunos hombres, a cambio de varios de sus robots. Una triste compensación, pero no podemos correr el riesgo de atacarles abiertamente. Esta es la verdad.

—Pensé que había unidad entre ustedes.

—La hubo durante muchas generaciones, hasta que surgió una facción disidente que se apoderó de una de nuestras ciudades.

—Entonces sólo tienen cuatro.

—Está usted muy bien enterado —sonrió Grog.

Hund disimuló:

—Desde el aire me pareció ver cinco núcleos.

—Seguimos disponiendo de los cinco núcleos. Los disidentes crearon su propio habitáculo subterráneo y tienen espías en todas partes. Es una ventaja notable sobre nosotros.

—¿No han tratado de llegar a un acuerdo?

—Ni ellos ni nosotros queremos negociar. Sus ansias de dominio espacial no son compartidas por nuestros mandos. No hay base para un entendimiento.

La nave tomó contacto con el suelo y Grog, cambiando de conversación, informó:

—Estamos sobre el hospital. Ya he transmitido —y señaló el pequeño tablero de la nave— la urgencia. Su compañera estará en buenas condiciones dentro de muy poco.

Poco después Ilana se hallaba en base de desintoxicación, mientras fuera, Grog se despedía de Hund.

—¿Piensan pasar muchos días entre nosotros, Hund?

—Pues no... Sólo el tiempo de conocer su planeta.

—Pues sean ustedes bien venidos. Aquí nadie Ies molestará. Pero no crucen las zonas límites. Se exponen a un nuevo ataque.

—Gracias, ha sido usted muy amable.

—Nuestra misión es atender a todos y velar por su seguridad. Somos un planeta amigo, no beligerante.

Hund pensó que los antepasados de Grog no eran lo mismo, de lo contrario no hubieran exterminado a la auténtica raza que era dueña y señora de Kerko.

Antes de irse, Grog añadió:

—Por cierto. Venga a visitarme. Siento curiosidad por saber cómo consiguió llegar hasta aquí. Nuestros últimos informes niegan la posibilidad de que ninguna nave de la Tierra tenga capacidad para realizar ese largo vuelo. —Miró fijamente a Hund con una sonrisa y añadió—: ¡Hasta pronto, señor Hund!

CAPÍTULO VI

Ilana todavía no comprendía lo que le había sucedido.

—No sentí absolutamente nada. ¿Dices que me paralizaron con gas?

—Sí. Y tendremos que andar con cuidado.

—¿Crees que intentarán atacarnos otra vez?

—No me refiero sólo a los robots voladores, sino a Grog... Es uno ser inteligente y le ha extrañado que un terrícola pueda haber llegado hasta aquí. No me ha hecho preguntas todavía, ni me ha obligado a nada, pero me ha hecho una invitación...

Andaban por una de las calles de paseo. Había árboles y vegetación y se respiraba un oxígeno grato a los pulmones. Lucía un sol tibio, agradable y la temperatura era la idónea para el cuerpo.

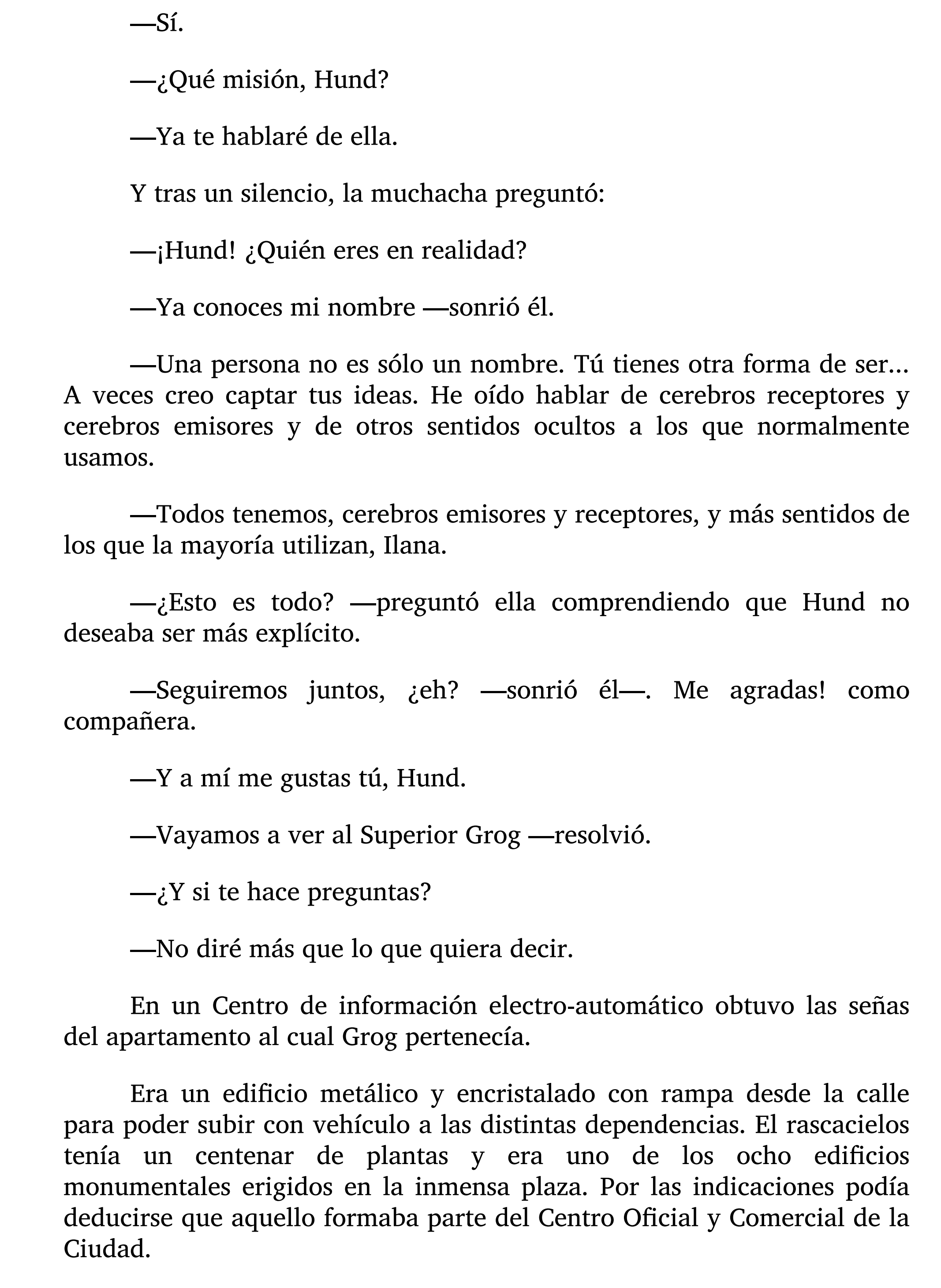
—Así debía ser poco más o menos—murmuró Hund como si hablara consigo mismo.

—Ahora ya puedes decírmelo —pidió ella.

—¿Decirte qué?

—Sé que tú perteneces a un mundo distinto... ¿Era éste tu planeta?

—Yo nací en la Tierra —repuso Hund.



—Pero querías llegar hasta aquí y lo conseguiste. Has hecho algo que por ahora es completamente desconocido para los demás. Presiento que tienes una misión que cumplir.

—Sí.

—¿Qué misión, Hund?

—Ya te hablaré de ella.

Y tras un silencio, la muchacha preguntó:

—¡Hund! ¿Quién eres en realidad?

—Ya conoces mi nombre —sonrió él.

—Una persona no es sólo un nombre. Tú tienes otra forma de ser... A veces creo captar tus ideas. He oído hablar de cerebros receptores y cerebros emisores y de otros sentidos ocultos a los que normalmente usamos.

—Todos tenemos, cerebros emisores y receptores, y más sentidos de los que la mayoría utilizan, Ilana.

—¿Esto es todo? —preguntó ella comprendiendo que Hund no deseaba ser más explícito.

—Seguiremos juntos, ¿eh? —sonrió él—. Me agradas! como compañera.

—Y a mí me gustas tú, Hund.

—Vayamos a ver al Superior Grog —resolvió.

—¿Y si te hace preguntas?

—No diré más que lo que quiera decir.

En un Centro de información electro-automático obtuvo las señas del apartamento al cual Grog pertenecía.

Era un edificio metálico y encristalado con rampa desde la calle para poder subir con vehículo a las distintas dependencias. El rascacielos tenía un centenar de plantas y era uno de los ocho edificios monumentales erigidos en la inmensa plaza. Por las indicaciones podía deducirse que aquello formaba parte del Centro Oficial y Comercial de la Ciudad.

Un bólido a disposición de los visitantes les llevó hasta la planta 94.

La pareja observó que de las cúspides de los edificios surgían largos puentes que los unían entre sí, formando auténticas autopistas colgantes, que dado las grandes dimensiones del terreno no impedían el paso del sol.

Llegados a la planta 94 y en el tablero de información, Hund pulsó un botón, se encendió una luz y una voz megafónica dijo:

—Diga su nombre y lo que desea.

Hund respondió a la voz y pidió hablar con Grog.

—Corredor II, Base IV.

Recorrieron el aséptico corredor hasta llegar al portal de la Base IV. Un indicador en verde oscilaba con la palabra: LIBRE.

—En nuestro idioma —murmuró Ilana extrañada.

—Esto no es la Tierra. Conocen todos los idiomas de los planetas que están bajo su observación.

Cruzaron el portal y las células fotoeléctricas entraron en funcionamiento corriendo las puertas que daban acceso a una amplia sala.

Grog parecía estar esperándoles.

—Adelante, señor Hund y compañía. —El Superior les acogió con una sonrisa—. Era mi hora de descanso, pero su visita vale la pena.

—Lo siento, no quería importunarle.

—Al contrario. Sígame. Iremos a mi estancia particular. Conocerán a mi hija Yera. Ella también está ansiosa por hallarse entre terrícolas. La verdad es que su presencia aquí es una verdadera novedad. Todo Kerko habla de ustedes. He tenido que dar parte, naturalmente, y... Vea.

Pulsó un control remoto que llevaba en el bolsillo y un entrepaño metálico de la gran sala se corrió hacia un lado dando paso a una pantalla televisora de grandes proporciones.

En esos momentos se estaba desarrollando la escena del rescate de los prisioneros. La película reflejaba la llegada de la nave triangular, sus

rayos atacando a los robots voladores y la desintegración de uno de esos robots.

Posteriormente enfocaba a los dos terrícolas, hasta el momento en que Hund, llevando en brazos a Ilana, se metía dentro de la nave del Superior Grog.

El rostro de un locutor informó:

—El Superior Grog hará las gestiones oportunas, para que los terrícolas puedan estar ante sus pantallas. En estos momentos la pareja extra-planetaria se halla en las dependencias de nuestro Superior de la Seguridad.

—¿Cómo saben...? —empezó Ilana al tiempo que Grog cortaba la visión.

Hund murmuró:

—Ellos saben muchas cosas, Ilana. No olvides que procedemos de un planeta muy atrasado. ¿Verdad, señor Grog?

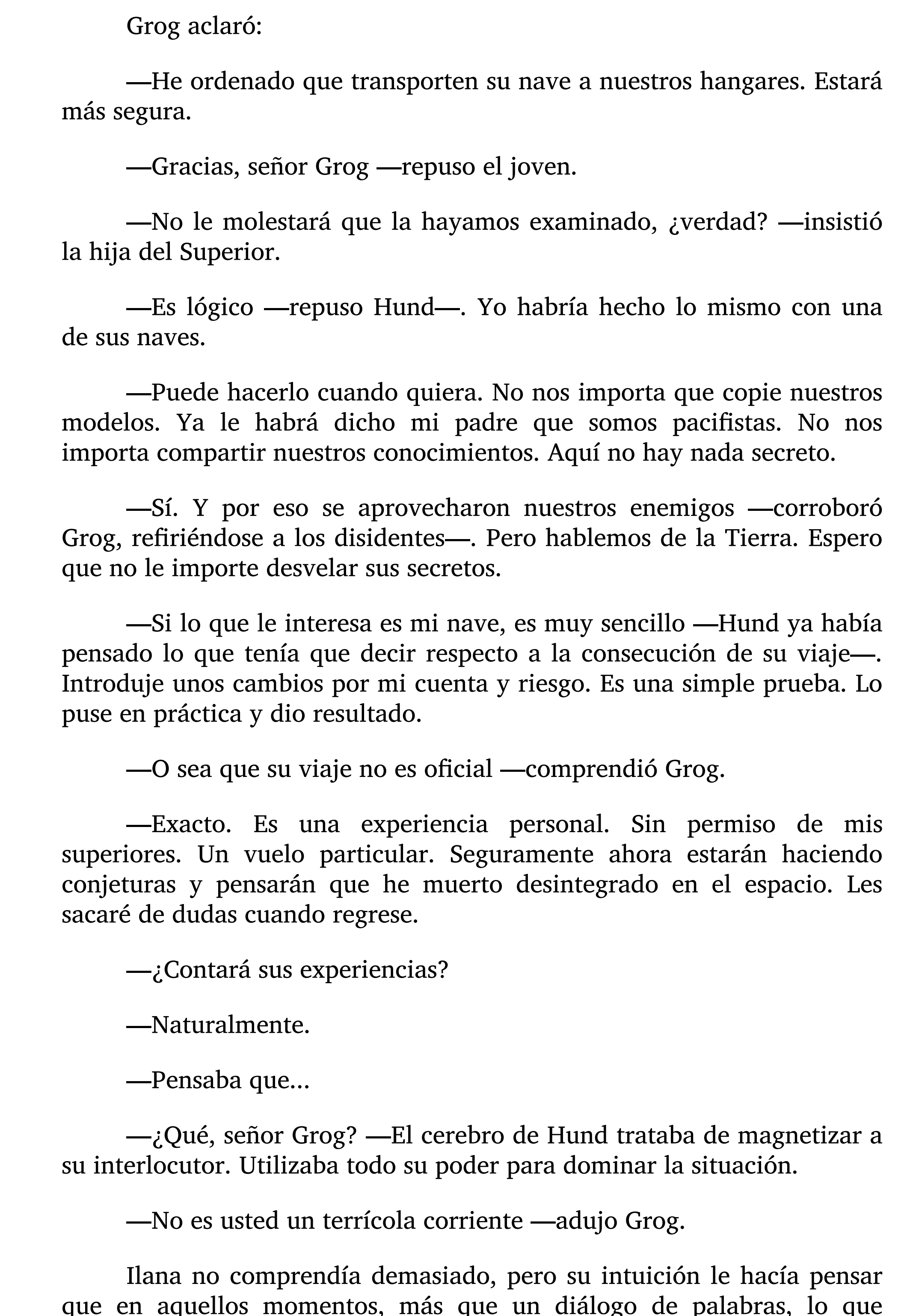
—Quizá poseen cosas de las que nosotros carecemos. Nuestra superioridad se basa en la ciencia y la técnica, pero ustedes están aquí. ¿No? Eso quiere decir que han avanzado. ¿O me equivoco? —Y la penetrante y bonachona a la vez mirada de Grog, se clavó en la faz de Hund.

CAPÍTULO VII

Hund pensó que Yera, la hija de Grog, era una maravilla de fémina. Poseía todos los encantos naturales que pueden adornar a una mujer, unidos a una inteligencia poco común.

—Es la número uno en su promoción de pilotos espaciales. Programadora y correctora de cerebros autóctonos y coordinadora jefe de vuelos.

—He examinado la nave que han utilizado para llegar hasta Kerko —dijo ella—. Es muy complicada, de la mayoría de los dispositivos sólo hay uno que verdaderamente es capaz de potenciarla para un vuelo a larga distancia. ¿Para qué quieren lo demás?



Grog aclaró:

—He ordenado que transporten su nave a nuestros hangares. Estará más segura.

—Gracias, señor Grog —repuso el joven.

—No le molestará que la hayamos examinado, ¿verdad? —insistió la hija del Superior.

—Es lógico —repuso Hund—. Yo habría hecho lo mismo con una de sus naves.

—Puede hacerlo cuando quiera. No nos importa que copie nuestros modelos. Ya le habrá dicho mi padre que somos pacifistas. No nos importa compartir nuestros conocimientos. Aquí no hay nada secreto.

—Sí. Y por eso se aprovecharon nuestros enemigos —corroboró Grog, refiriéndose a los disidentes—. Pero hablemos de la Tierra. Espero que no le importe desvelar sus secretos.

—Si lo que le interesa es mi nave, es muy sencillo —Hund ya había pensado lo que tenía que decir respecto a la consecución de su viaje—. Introduje unos cambios por mi cuenta y riesgo. Es una simple prueba. Lo puse en práctica y dio resultado.

—O sea que su viaje no es oficial —comprendió Grog.

—Exacto. Es una experiencia personal. Sin permiso de mis superiores. Un vuelo particular. Seguramente ahora estarán haciendo conjeturas y pensarán que he muerto desintegrado en el espacio. Les sacaré de dudas cuando regrese.

—¿Contará sus experiencias?

—Naturalmente.

—Pensaba que...

—¿Qué, señor Grog? —El cerebro de Hund trataba de magnetizar a su interlocutor. Utilizaba todo su poder para dominar la situación.

—No es usted un terrícola corriente —adujo Grog.

Ilana no comprendía demasiado, pero su intuición le hacía pensar que en aquellos momentos, más que un diálogo de palabras, lo que sostenían los dos hombres era una lucha mental encarnizada.

—¿Sabe usted mucho de los terrícolas? —preguntó Hund a su vez aguantando la mirada de Grog y agudizando la suya.

—Sé que su historia de las experiencias espaciales es relativamente joven y que no han pasado de crear algunos pequeños satélites. Han llegado a otros planetas próximos al suyo y han intentado instalar unas bases de estudio que hasta el momento han dado escasos frutos. Saben que en Marte existió vida, pero no pueden precisar cuándo se extinguió. Buscan, sin hallarla, otras formas de existencia y entretanto siguen con una navegación espacial muy deficiente. Usted es la excepción y no son corrientes las excepciones en su planeta. Sus respectivos cerebros humanos se rigen por unas coordenadas concretas. Disponen de idéntica sensibilidad que la nuestra, pero sólo son capaces de desarrollar cinco sentidos y aun de forma muy limitada. Desprecian, cuando no se burlan, de lo que desconocen, y los pocos estudiosos luchan con la incredulidad general. Me refiero, naturalmente, a la masa... Corríjame si en algo me equivoco...

—Está bien informado en cuanto a nuestra idiosincrasia...

—Si quiere pasaremos a sus problemas técnicos. En una pantalla, si lo desea, le pasaré unos cuantos esquemas de lo que ustedes consideran grandes adelantos científicos y que en realidad son sólo los rudimentos de una técnica perfectamente realizable. ¿Quiere ver toda la documentación gráfica que poseemos?

—No. Estoy seguro que sería un fiel reflejo de sus palabras —repuso Hund.

—En este caso hablemos concretamente del motivo por el cual está usted aquí.

—¿Habla el hombre que nos salvó de esa gente o el Superior que pregunta de forma oficial?

—¡Oh, no! —sonrió a su vez Grog—. Ustedes son completamente libres. Incluso para contestar a mis preguntas.

—Podría decirle que viajamos sin rumbo y nos perdimos...

—Pero no es verdad. Un hombre que con un simple mecanismo anula el sistema primordial de sus vuelos, no se pierde fácilmente en el espacio.

—Cierto. La verdad es que... me sentía atraído hacia aquí. Era como un presentimiento. Algo me guiaba.

—Eso ya lo creo —dijo Grog.

—Es la verdad.

—Entonces debo creer que está a punto de surgir una nueva raza de terrícolas con la mente transformada.

—Es posible.

—Sí. Es posible —repitió Grog sin demasiada convicción. Luego se produjo un embarazoso silencio.

Ilana lo cortó nerviosa.

—¿Y su esposa, señor Grog? Nos gustaría conocerla... Deben formar una familia encantadora. La verdad es que todos ustedes son muy amables en Kerko. Sólo hemos recibido atenciones desde que llegamos.

El silencio se hizo más tenso aún después de la pregunta de Ilana.

Por fin fue Yera la que replicó:

—Mi madre murió... Asesinada por los terrícolas.

Ilana, sobresaltada, cambió una mirada de incredulidad con Hund.

Yera salió de la estancia y Grog se quedó mirando atenta y penetrantemente a la pareja.

CAPÍTULO VIII

Las cámaras de televisión retransmitieron a todo el planeta la entrevista efectuada a los dos terrícolas, y el sistema de intercomunicaciones permitió a los kerkoa nos formular preguntas directas a Hund y a Ilana. El pueblo de Kerko fue el auténtico entrevistador de los extraespaciales que querían conocer las costumbres y forma de vida del planeta Tierra.

Ilana se desenvolvió bien.

—No puedo hacer comparaciones. Conocemos poco de aquí.

Recibieron una auténtica lluvia de invitaciones. Todo el planeta rivalizaba en querer ofrecerles lo mejor a los «extranjeros».

Después, en compañía de Grog, fueron al Auditorium, compuesto de compartimientos reducidos, donde cada grupo podía escuchar la música que prefiriera por el procedimiento audiovisual.

Los colores jugaban un papel importante en la pantalla y parecían acompañarse al ritmo de la música seleccionada. A veces eran las propias notas que formaban dibujos alegóricos al tema que se interpretaba. En otras ocasiones paisajes de mundos remotos acompañaban la audición.

Era un mundo fantástico donde la música alcanzaba su máxima dimensión.

Terminado el concierto elegido, Yera aprovechó la ocasión para disculparse.

—Creo que antes, en mi casa, no me comporté correctamente con ustedes.

—Esperaba que dijeras esto, hija —adujo su padre.

—Ustedes —siguió ella— no son los culpables del asesinato de mi madre. Lo que hacen unos jamás deben pagarlo otros, aunque sean de la misma raza.

—Exacto —corroboró el Superior Grog—. Aunque ustedes sean terrícolas, ninguna represalia se tomará en su contra. Quiero que esto quede bien claro. Aquí no matamos inocentes.

—¿Pero cómo pudo su madre morir... a manos de congéneres nuestros? —preguntó la muchacha.

—A mi hija le molesta recordarlo —dijo Grog—. Incluso a mí. Pero

no se puede ir contra los hechos… La verdad es que mi esposa realizó un viaje de prospección. Uno de tantos que se hacen para explorar de cerca los planetas habitados. Iba en compañía de un agente de vuelo. Un especialista en tomar notas y programarlas. Descendieron en un descampado para tomar unas muestras. Para ese viaje adoptaron una nave de forma exterior parecida a la de ustedes. Aun así algunas gentes les vieron y huyeron aterradas, por más que mi esposa les hacía llamadas para conversar con ellos…

Hizo una pausa y prosiguió:

—En vista del pánico que producían decidieron marchar, pero cuando regresaban a la nave llegó un vehículo del que salieron unos hombres uniformados y pretendieron detener a mi esposa y al agente. Ella les dijo que venía de Kerko. No la entendieron, o no la creyeron. Les amenazaban insistiendo en que debían acompañarles. El agente pudo subir a la nave con la intención de utilizar los medios de autodefensa. Quizá se precipitó al hacer un disparo de aviso. Lo cierto es que los terrícolas replicaron matando a mi esposa.

Un silencio algo más largo. Resultaba evidentemente triste rememorar todo aquéllo a quien lo narraba.

Pero Grog concluyó:

—El agente salió para auxiliar a mi esposa. Iba armado y dispararon contra él. Le hirieron de muerte. Sólo siendo atendido muy rápidamente hubiese podido sobrevivir, pero él quería salvar a mi esposa. Llevársela por si aún existía alguna posibilidad. Tenemos métodos para hacer reaccionar los corazones paralizados…

»El buen agente cargó con mi esposa. Estaba sangrando, pero su autoenergía le proporcionó las fuerzas necesarias para introducir a mi mujer en la nave. Los asesinos dejaron de disparar. Seguramente creían que se hallaban ante un ser invulnerable, o simplemente viendo que no les atacaba quedaron a la expectativa.

»El agente pudo poner la ruta automática en movimiento y la nave desapareció. Cuando llegó a nuestro planeta, dentro sólo encontramos dos cadáveres… Y las notas de lo acaecido.

—Muy lamentable —dijo Ilana.

—Nunca hablaron de eso los suyos —añadió Grog—. En aquella época nadie quería dar crédito a los objetos volantes que no podían ser identificados. Y los que creían en ellos eran objeto de burla. O les

llamaban visionarios.

—Sí. Pero esto ocurría hace mucho tiempo. Y usted es joven —adujo Ilana.

Hund comprendió.

—Aquí la longevidad es diferente —murmuró y Grog explicó:

—Mi esposa murió hace un siglo… según su sistema de medición del tiempo. ¿Comprenden?

—¡Un siglo! —exclamó Ilana.

—Ustedes no habían nacido aún ni mucho menos. Nadie de los que viven ahora en la Tierra habían nacido aún, por ello no podemos culparles a ustedes de lo que hicieron sus antepasados.

Y clavó la mirada en Hund.

Y Hund comprendió el mensaje.

CAPÍTULO IX

Hund había comprendido el mensaje, pero no quería admitirlo.

—Cierto que mataron a la mujer de Grog. Fue un error, una estupidez, una de tantas que se cometen en la Tierra, pero se trataba de una sola persona. En cambio «ellos» aniquilaron a toda una raza. ¡Destruyeron nuestra especie! ¡Malditos! No es lo mismo…

—Pero ¿qué dices, Hund? —inquirió Ilana alarmada.

Se hallaban ambos en la estancia en la que habían sido oficialmente obsequiados. Una estancia de reposo con su correspondiente cama a semejanza de las terrenas.

Durante aquellos días habían sido obsequiados, agasajados, invitados por diversas familias. Todos rivalizaban en atenderles, pero Hund no olvidaba.

—He de destruirlos a todos. Esto volverá a ser «nuestro».

—¿Es eso, Hund? ¿Esa es la razón de tu imperiosa necesidad de llegar hasta Kerko?

—Sí. Yo soy un descendiente directo del único kerkoano que salvó su vida… Un Hund… De padres a hijos se nos han transmitido la consigna. Y yo debo cumplirla.

—No puedes destruir esa gente que únicamente desea vivir en paz.

—Debo hacerlo.

—¿No tienes corazón?

—No tengo un corazón de terrícola si es eso lo que preguntas. No me dejo ablandar. Pensé que lo habrías comprendido.

—Lo que entiendo es que pretendes hacer un genocidio... Esto es terrible, Hund... Ellos no tienen la culpa de lo que hicieron sus antepasados.

—¿La teníamos nosotros cuando fuimos aniquilados?

—¡Oh, cielos! ¿Pero cuándo ocurrió esto? Deben haber pasado miles y miles de años, Hund. Reflexiona. Tú eres inteligente. Reflexiona.

—Aprovecharé para seguir investigando sobre sus sistemas energéticos, su defensa, sus puntos más vulnerables... Trazaré un plan y cuando todo esté a punto...

Ilana estaba cerca de la cristalera exterior desazonada por la actitud de su compañero que no compartía.

De pronto un rayo cruzó el espacio como una exhalación. Tras él otros rayos surcaban en la misma dirección, al mismo tiempo que en el interior de la estancia un zumbido intermitente indicaba estado de emergencia.

Ilana pulsó el control remoto que les habían facilitado junto con la morada y en seguida se iluminó la pantalla.

Un locutor informaba.

—Los enemigos de la Comunidad están atacando la Zona Meridional. La V ciudad está cercada por robots y toda la comunidad se ha quedado sumida en las tinieblas. Naves de defensa de toda la colonia acuden en ayuda de los hermanos en peligro. Mantendremos constante información de los acontecimientos. De momento no nos es posible retransmitir desde la zona Meridional por la carencia total de energía.

—Es una guerra —comentó Ilana.

A Hund no parecía importarle demasiado, sin embargo con aspecto pensativo estaba barruntando algo muy conveniente para sus planes.

Sin exteriorizar sus pensamientos saltó hacia el teleemisor y pidió:

—Necesito contactar con el Superior Grog. Es urgente.

Instantes después, una voz indicaba:

—Imposible en estos momentos, Grog se halla en la zona Meridional.

—¿Hay posibilidad de hablar con su hija Yera?

—Tampoco. Está tripulando una nave. Se pondrán en contacto con usted cuando les sea posible.

Hund golpeó su puño derecho contra la palma de la mano izquierda.

Ilana le observó de forma interrogadora.

—Es una buena oportunidad, Ilana. Una magnífica oportunidad para conocer a fondo sus sistemas ener géticos.

—Sigues pensando en destruir.

Hund no replicó. Paseó nervioso por la estancia sin que ambos se dirigieran la palabra.

El silencio fue cortado por el zumbido intermitente de la llamada.

Bib, bib, bib.

—Habla el Superior Grog. ¿Por qué me ha llamado Hund —interrogó.

—Quisiera ayudarles. Entre mis especialidades figura la energética. Quizá pueda serles útil.

—Usted no debe colaborar. Es extranjero. No se preocupe. Estamos echando a los invasores. Nuestro único problema es restablecer la energía. Han saboteado nuestros puntos claves a distancia.

—Insisto, señor Grog. Los complejos electrónicos no pueden diferir mucho de los nuestros. Soy el número uno. En fin... de algún modo quiero corresponder a sus atenciones.

—Está bien. Yera vendrá por usted. Sitúese en la azotea. Ella vendrá con la nave —y Grog cortó.

CAPÍTULO X

Los rayos de las naves triangulares de las defensas kerkonas atacaban de lleno a los robots voladores.

Los sordos impactos que hacían mella en las formas humanoides de metal les atomizaban en pleno vuelo, fulminándolos totalmente. Otros lograban escapar en la oscuridad y eran perseguidos por los potentes reflectores de las naves.

Por su parte, en la huida, algunos de los robots se volvían

disparando sus propios rayos.

Una de las naves alcanzada se puso momentáneamente al rojo para desintegrarse ante el grito unánime de sus ocupantes.

Bajo los luchadores, una ciudad estaba sumida en la total oscuridad, indefensa por completo. Sólo la ayuda de las otras ciudades hermanas estaba consiguiendo ahuyentar a los traidores asaltantes.

Desde lejos y a bordo de la nave tripulada por Yera, Hund, que había sido recogido momentos antes, observaba el final de la espeluznante lucha espacial.

Aquella fulminante guerra relámpago hubiera dejado atónitos a los habitantes del planeta Tierra. Hund no se mostraba extrañado. «Conocía» el poder tecnológico de los contendientes, sus poderosas armas y su inteligencia.

—No es comprensible este ataque —dijo Yera interrumpiendo sus pensamientos—. Los disidentes parecen rehuir la lucha. ¿Por que habrán hecho esto?

—¿No han atacado? —preguntó Hund.

—No. Se han limitado a acordonar la periferia, después de destruir nuestros sistemas de energía.

—Puede tratarse de una prueba.

—Es posible que estén tanteando nuestras fuerzas.

—O acaso ensayan un asalto en masa. ¿Son muchos?

—En número son inferiores, pero trabajan para la guerra. El cerebro que les rige es muy inteligente.

—¿Le conocen?

—Claro. Todos sus descubrimientos los realizó en la zona de Investigaciones de nuestras bases, pero se negó a darlas a conocer. Exigió el poder ilimitado y el ataque sistemático a nuestros planetas más próximos. Quería someter a Kerko a un nuevo orden que hubiera termi nado por implantar la esclavitud. Es un ser perverso…

—¿Qué hubiera ocurrido si nos hubieran hecho pri sioneros a Ilana y a mí?

—Les hubiera utilizado para sus experimentos. Cuando logra capturar a alguien, sea kerkono o extranjero, lo utiliza en su laboratorio. Nadie ha vuelto para contar lo que ocurre, pero una vez alguien logró escapar. Le encontraron mutilado. Le faltaban las extremidades; brazos y piernas y en cambio le habían injertado unas garras.

—¿Garras?

—Sí. De animales salvajes que habitan en la zona virgen del planeta. Luego supimos que su cerebro era artificial y sólo recibía órdenes directas de un programador. Como experimento debió ser un fracaso y ese ser sufría horrores. Se intentó salvarle, pero todo fue inútil.

—¿Ese cerebro rector de los disidentes, es de Kerko?

—Sí. Se llama Itaco. Mire, ya hemos llegado. Iremos directamente a la base de Suministros energéticos.

Una astronave tomaba contacto en aquellos momentos.

—Es mi padre —dijo ella—. Eso indica que la lucha ha terminado. Pero yo sigo sin ver claro el objetivo.

—Entre otras cosas podría ser un mero ejercicio de distracción. ¿No han pensado en esto?

La respuesta surgió del propio Grog que fue quien recibió a Hund en la base.

—Ya hemos pensado en esto, Hund. Todas las defensas de las otras ciudades están alertadas.

En aquel momento llegó la alarma de la zona II.

—Estamos siendo acordonados por los enemigos de la Comunidad. Las defensas se han quedado sin energía. ¿Me oyen? Temo que pronto no podamos transmitir…

—¡Zona II, escuchen! —El jefe del departamento trató de restablecer la comunicación. Fue inútil.

—Debe tratarse de una operación de gran escala. Nos inutilizan a distancia. Si consiguen privarnos de la energía en todo el planeta conseguirán dominarnos —dijo Grog muy preocupado.

Alguien recababa órdenes y Grog las dio:

—Todos a las naves. Transmitan a las que están en vuelo. Objetivo: segunda zona. Ya les daré instrucciones por el camino.

—Voy contigo, padre —dijo Yera.

—No. Tú no. Ahora necesitamos técnicos para que .traten de arreglar las averías. Acompaña a Hund.

—¡Esta no es mi especialidad!

—Pero los cerebros sí lo son. Intenta arreglar el de

la base y todo será más fácil.

—¿Quieres evitarme el peligro? Es eso, ¿verdad?

Su padre parecía transmitirle un mensaje cerebral y ella bajó la cabeza mostrando sumisión. Luego, dirigiéndose a Hund, indicó:

—Acompáñeme, por favor.

—Estoy deseando ser útil —repuso él.

Lo que de verdad deseaba era ver el montaje de la energía que suministraba vida al planeta, sus sistemas interiores de defensa, sus posibles conexiones y por consiguiente la forma de actuar sobre ellas.

Sí. Esto le ayudaría para madurar el plan de destrucción total.

CAPÍTULO XI

La energía láser potenciaba los acumuladores y ofrecía una luz de emergencia gracias a los generadores.

—¿No pueden utilizar esta fuerza? —había preguntado Hund, mientras Yera observaba las piezas claves del cerebro rector de la energía.

—Se necesitaría un montaje más complejo. El láser es un mero auxiliar. No tendría potencia suficiente para alimentar todo el sistema.

—¿Todo está regido por el cerebro automático?

—Sí. Pero la avería no proviene de aquí, sino de los conductos. Itaco debe haber magnetizado el sistema. Y sólo una fuerza de la que no disponemos sería capaz de arrancarlo de la atracción.

—Entonces, según usted... la única solución sería llegar hasta los dominios de Itaco.

—Eso sería idóneo, pero ir a combatir en su terreno sería declarar la guerra abiertamente.

—Y tienen miedo.

—Carecemos de datos de sus fuerzas reales. Itaco ha avanzado mucho en muy poco tiempo.

—Se puede intentar, ¿no?

Mientras hablaba, Hund iba observándolo todo y retenía en su cabeza lo más interesante para sus planes.

—Deberíamos dejar abandonadas las ciudades. Quizá sea eso lo que Itaco pretende.

—Sí. Es posible —replicó Hund observando los conductores, sus clavijas, el generador base y los accesorios entre los cuales se movía en la enorme sala-base de toda la fuente energética.

—¿Se cree capaz de comprender todos estos mecanismos? —preguntó ella sin dejar su trabajo de revisión.

—Lo estoy intentando... Ese conducto por ejemplo —y señaló una

especie de tobera en rojo.

—Surte de energía a las defensas. Les provee de rayos.

—¿Y qué ocurrirá cuando las naves acaben sus reserva?

—Esto es lo que hay que temer.

—¿Y la tobera azul?

—Es la energía de las industrias.

Hund observó cada uno de los múltiples conductos y preguntó:

—¿Son independientes?

—Por supuesto.

—¿Se pueden cortar por separado?

—Naturalmente.

—Ya...

—¿Se le ocurre algo?

—Sí. De momento concentrar toda la energía de emergencia de un solo conducto. Por ejemplo el que proporciona luz a la ciudad.

—¿Cree que es el más importante?

—Itaco pensará que hemos localizado la avería que él ha provocado.

—Es posible, pero... también lo es que Itaco nos esté controlando.

—¿Por qué no lo intenta? Nosotros podemos seguir trabajando entretanto.

—Tendría que consultarlo.

—Hágalo, Yera. A veces las astucias más simples dan buenos resultados...

Yera se alejó para hablar con los responsables de la base, lo que aprovechó Hund para seguir observando por su cuenta.

Y entretanto, en la periferia de la zona II se estaba repitiendo lo

que poco antes había acontecido en la Meridional. Las astronaves arrojaban sus rayos contra los robots que emprendían el vuelo. Un par de ellos, alcanzados, se desintegraron quedando convertidos en polvo invisible que el aire se llevaba. Debajo toda la zona permanecía absolutamente a oscuras.

Hund había encontrado la caja de contactos de uno de los generadores. El contador señalaba la potencia de la energía, sin embargo el voltímetro contabilizador marcaba CERO.

—Estos son los conductos magnetizados. Hay unos ca bles. Cortándolos puede romperse el magnetismo. ¡Está claro! ¿Cómo no se les habrá ocurrido a ellos?

Expresaba sus ideas en voz alta mientras buscaba un instrumento para cortar los cables.

Encontró unas tenacillas y se dispuso a efectuar el corte. Una voz se lo impidió:

—¡No! ¡No toque eso!

Se volvió y se encontró frente a Yera.

—Sólo pretendo acabar con la influencia magnética…

—Sé lo que pretende, Hund. Si lo hace todo estallará.

Y usted ya no podrá contar sus experiencias a sus hermanos de raza.

Por una vez Hund quedó atónito.

—¿Por qué?

—Usted ignora el poder magnético utilizado, Hund.

—Supongo que se trata de algo parecido al electroimán en su utilización por control remoto.

—No es tan simple. Créame… La magnetización acumula nuestra energía en unas bolsas de reserva que quedan comprimidas; si se desmagnetiza por procedimientos normales, la energía circula por sus cauces naturales, pero si corta las conexiones produce un cortocircuito y…

—Comprendo —Hund cayó en la cuenta—. Todo esta

llaría.

—Con una potencia tremenda. Es posible que volara toda la ciudad. Casi seguro.

—Gracias, Yera. No vuelva a marchar de mi lado. Peligra mi vida y la de los suyos.

—Haremos lo que usted ha dicho, Hund. Tengo el permiso. Inyectaremos toda la potencia a la tobera que suministra luz a la ciudad, seguramente quedará la suficiente para las transmisiones.

—¿Lo ve? Cuando Itaco oiga transmitir caerá en la trampa.

—Comunicaré con las demás ciudades —dijo ella—.

Y tenga cuidado. Mire lo que quiera, pero no corte nada…

A solas otra vez, Hund volvió hacia la caja de contactos.

—Se produce un cortocircuito y… —repitió—. Muy interesante.

Luego se puso a trabajar para arreglar la avería. Entretanto

* * *

Ilana se sentía nerviosa, incómoda y decidió salir. La noche era hermosa, los astros lejanos brillaban en lo alto, inalcanzables, pero de fácil acceso con cualquiera de aquellas astronaves de Kerko que surcaban el espacio a uno y otro lado.

«¿Será la Tierra una de esas luces lejanas?» —se preguntaba y sentía una poca de añoranza.

«Esto podría ser muy bonito si Hund no pensara en destruir… si yo pudiera evitarlo… Aquí viven gentes buenas, amantes de la paz. Tienen progreso y son amables… Sólo esos disidentes siembran el pánico. Es verdad que nadie puede tener la dicha completa, pero las gentes de aquí, merecen tenerla.»

Al salir se encontró con unos vecinos de residencia.

—¿Quiere ir a algún sitio? ¿Podemos acompañarla?

Eran un matrimonio de aspecto joven, amables como todos los que habían conocido.

—No, no se molesten. Sólo pretendo salir a respirar aire puro. Lo hacía... allá en la Tierra, en noches tan hermosas.

—Esta no es una bonita noche. Nuestras ciudades hermanas son atacadas; puede que la nuestra también lo sea. Están cortando la energía. ¿Se ha enterado? —decía la mujer.

—Sí. Me he enterado. Y confío en que pronto arreglen sus problemas. Lo deseo de verdad —murmuró ella.

Se alejó por la zona residencial, la arboleda, el aroma de flores extrañas a la Tierra, de un olor distinto, pero tan grato, tan perfumado...

El joven matrimonio la observaba.

—No debería alejarse —murmuraba la mujer.

—Se lo advertiré.

—Anda, vamos. Seguramente se encuentra muy sola. Han dicho que su compañero está colaborando en la reparación de la avería.

El hombre sacó un transmisor portátil y hasta él llegó la noticia.

—La ciudad Meridional ha recobrado la energía. Les estamos transmitiendo desde el mismo lugar donde Hund logró desmagnetizar el bloqueo...

—¡Es fantástico! Ese ser de la Tierra debe ser muy inteligente.

Ilana, ajena a la noticia, estaba entre dos árboles de grueso y poderoso tronco.

No advirtió la presencia de aquellos tentáculos que surgían tras ella.

El robot, silencioso, se aproximaba.

Se aproximaba...

CAPÍTULO XII

Hund estaba hablando a través del receptor que el hombre que iba hacia Ilana seguía escuchando.

—He averiguado el modo de desmagnetizar los conductos gracias a unos experimentos que realizo en mi laboratorio —decía la voz del terrícola.

—¿Pero cómo se le ha ocurrido la idea?

—No lo voy a explicar aquí para que el enemigo no obtenga ventajas —replicó con voz jovial.

Las voces de la radio hicieron que al oírlas, liada se volviese. Fue entonces cuando vio los tentáculos que prácticamente la estaban rozando.

Lanzó un chillido de espanto:

—¡No!

El kerkono, al advertir la presencia del robot, gritó a su vez.

—¡Huya! Protéjase en el árbol.

El robot se volvió ante la presencia del ser que corría en auxilio de Ilana que a su vez aprovechó para seguir la sugerencia que acaba de. recibir.

Enloquecida por el pánico se lanzó al suelo y a rastras se parapetó tras el árbol, mientras el robot se encaraba contra el otro.

La mujer, que había oído los gritos, corrió y al ver a su marido en peligro se fue hacia él.

El robot dejó escapar el chorro de gas invisible y el hombre pudo esquivarlo lanzándose hacia un lado.

Al caer vio a su mujer y gritó:

—¡No! ¡No, Kia, no! ¡Pide auxilio! ¡Pide auxilio!

Cada kerkono lleva consigo el transmisor que a la vez servía para conectar con amigos o como en aquel caso, proferir llamadas de socorro.

Ilana, aterrada, presenciaba la escena. De momento el robot parecía haberla olvidado a ella y avanzaba hacia el hombre que retrocedía aterrado.

De nuevo surgió el gas paralizante.

El hombre intentó alcanzar la protección del tronco de un árbol, pero fue antes alcanzado por el gas. Abrió la boca un instante para caer fulminado sin tiempo de proferir un solo grito.

—¡Lak! —gritó la esposa y en seguida utilizó la radio para lanzar su llamada de socorro.

El robot se plantó muy cerca de ella, alargando sus tentáculos.

—¡Huya! —gritó Ilana al advertir que con su desespero aquella mujer iba a sufrir el ataque del robot, pero éste no atacó. Se limitó a avanzar... avanzar.

—¡Huya! —gritó de nuevo Ilana.

Kia, pedía socorro a grandes voces a través del transmisor.

Luego, al ver la proximidad del monstruo metálico, lanzó un grito.

Esta vez el robot disparó el arma paralizadora y Kia cayó a poca distancia de su marido.

Ilana se incorporó. Era el momento de huir, pero el pánico parecía inmovilizar sus piernas.

A lo lejos sonaba ya una sirena. El robot vaciló un instante antes de avanzar hacia la mujer caída.

La sirena o zumbido sonaba ya más cerca, pero el robot consiguió alcanzar su presa la que levantó con sus tentáculos e inmediatamente ascendió en forma vertical llevándose el cuerpo inanimado de la mujer.

Ilana lanzó un grito histérico ante aquel espectáculo de la que acababa de ser testigo.

El robot se perdía en la oscuridad de las alturas mientras el bólido se detenía ya junto al cuerpo del hombre.

Ilana llegó a rastras y señaló al espacio.

—Se la ha llevado… Se la ha llevado, intentaba atacarme a mí. Se la ha llevado…

CAPÍTULO XIII

—Tuvieron que llevarla al hospital —informó Grog a Hund, todavía en la base energética de la zona Meridional del Planeta—. Estaba como histérica... Eso no es nada. El hombre que intentó salvarla también se salvará. Desgraciadamente Kia, su esposa, no correrá la misma suerte. El robot se la ha llevado.

—Entonces se trata de un ataque conjunto —dijo Hund.

—No. De vez en cuando los robots hacen algunas incursiones en la noche. Su objetivo es llevarse alguien para los experimentos.

—¿Y no pueden detectarlos?

—Cuando vuelan desprovistos de todo control, no. Claro que de este modo su poder es más limitado. Van programados y son indetectables. Generalmente solemos destruirlos, pero hoy, con lo ocurrido, todo el planeta estaba pendiente de la lucha.

—Tienen ustedes un problema que debieran atacar de raíz.

—Estamos estudiando la forma de combatir a Itaco, pero no estamos preparados. Un ataque precipitado podría ocasionar nuestra propia destrucción.

—Será mejor que se den prisa en sus preparativos...

—¿Quiere ayudarnos? Hoy lo ha hecho muy bien... Primero con su idea de potenciar la energía láser a un solo canal, y después dando con la clave para sustraernos del magnetismo.

—La idea de efectuar nuevos empalmes provisionales cambiando las fases no es absolutamente mía. No había ningún peligro en probarlo.

—No. Y ha dado resultado. Le estoy muy agradecido.

Todo el planeta le está agradecido, Hund. Gracias a su ayuda Itaco ha cesado en sus sabotajes, lo habrá considerado inútil.

—Hice cuando pude —replicó Hund seguro de haberse ganado la total confianza de Grog, pero éste le dejó ligeramente confuso cuando replicó:

—Menos mal que no se le ocurrió cortar los cables. Mi hija me habló de ello. Hubiera volado la ciudad. Habría conseguido usted en un momento lo que se proponen nuestros enemigos... Pero por ese procedimiento no lo conseguirán Jamás. En la base sólo pueden entrar personas de entera confianza. Usted nos la merece toda, por eso ha entrado, y me congratulo de ello porque ha conseguido desbaratar los planes de Itaco.

—Sólo me proponía eso.

—Estoy seguro de ello —concluyó Grog con aquella su mirada penetrante con la que parecía que taladraba los pensamientos.

De regreso ya, y en vuelo, Grog, Yera y Hund, el terrícola preguntó:

—¿No hay forma de rescatar a esa mujer?

—Sería en vano porque en vez de una víctima, sumarían dos.

—Quisiera intentarlo.

—No lo consentiré.

—Escuche, Grog. Yo no soy de este planeta. Usted no es responsable de mí. Sólo pido una aeronave y armas…

—Lo primero que necesitaría es protección contra el gas —dijo Grog.

—¿La tienen?

El silencio lo cortó Yera.

—Escafandra y traje antitérmico. Calzado invulnerable.

—Entonces…

—No lo haga. Mi padre tiene razón. Aunque no le paralizaran le capturarían igualmente. Se convertiría usted en carne experimental.

—Correré el riesgo.

—Vuestra primera ley es la libertad absoluta del Ser. No quiero coaccionarle, sólo puedo advertirle de los peligros. Si aun así insiste, puede usted ir. Nadie va a impedírselo.

CAPÍTULO XIV

Hund fue al hospital y se encontró con Ilana en el amplío vestíbulo. Iban a acompañarla a casa repuesta ya del shock neurótico que sufrió al verse atacada y presenciar el secuestro de Kia, la vecina que junto con su marido sólo pretendía ayudarla.

—¡Hund! Arriesgaron su vida para salvarme... ¡Hund! ¿Qué será de esa mujer ahora? Me siento culpable.

—No, no tienes la culpa. Ellos trataron de ayudarte. Lo hicieron libremente. Tú no pudiste impedir lo que sucedió después.

—Fue tan horrible, Hund...

—Intentaré hacer algo por ella. Te lo aseguro.

—¿Irás?

—Ya tengo el equipo dispuesto. Yera me acompañará hasta un lugar cercano a la guarida de Itaco. Veré lo que puedo hacer.

—Cuídate, Hund... ¿Sabes? Sé que vas a correr un gran peligro y no quisiera que te sucediera nada, pero me alegra saber que intentarás algo para ayudar a esa mujer...

Hund la abrazó suavemente. Luego se separó de ella y murmuró.

—Sé que no te gusta todo lo que pienso respecto al planeta y lo que tengo que hacer, pero es algo superior a mí. Es un imperativo de raza. Es el estigma que llevo en mí. Me gustaría que lo comprendieras porque yo te quiero, Ilana. Sé que has nacido para mí, que puedes llegar a comprenderme. Tú y yo estamos llamados a ser la cabecera de una raza. De la mía, porque tus genes coinciden aunque procedamos de lugares distintos. Los humanoides todos tenemos algo en común debido a los signos astrales... Tú eres única entre las demás... ¡Hasta pronto, Ilana!

Y ella se sentía feliz por el amor de Hund. Intentaba comprenderle, pero no podía compartir aquel deseo de destrucción. Ni entenderlo siquiera. Y ahora menos, porque en el corto espacio de tiempo que llevaba entre los kerkonos había comenzado a apreciarlos. Y sobrados motivos tenía para ello.

La astronave estaba dispuesta en la explanada. Hund se sentó al lado de Yera.

—Vístase mientras vamos para allá. No se quite nunca el equipo mientras esté en los dominios de Itaco. En el macuto lleva dos armas. Una corta y una larga. Disparan rayos fulminantes. Tiene un detector de distancia media para descubrir a posibles robots emboscados y una herramienta de diversos usos para determinados casos. Recuerde que tiene una hora de tiempo de su reloj. Cuando se cumpla debe hallarse usted en el mismo lugar que voy a dejarle. Una astronave le estará esperando. No debe retrasarse porque el piloto podría correr un grave riesgo. Si no está usted, la astronave se irá. Durante su estancia en esa zona no podrá comunicarse con nosotros, por eso no le hemos facilitado ningún transmisor. Cualquier mensaje sería interceptado por Itaco, por lo que sería inútil transmitir sin que él se enterara. Estará usted solo.

—Me consta y he aceptado libremente. Confío en mi buena suerte. Del mismo modo que he sido el primer ser de la Tierra que ha pisado este planeta.

—Yo también le deseo buena suerte.

En raudo vuelo la astronave tomó contacto con el pedregoso suelo de una zona quebrada y solitaria.

—Póngase el balón de oxígeno compuesto y las toberas. Ello le permitirá elevarse del suelo y ganar mayor velocidad que yendo a pie. Para andar más suelto tendrá que quitárselo cuando llegue. Es posible que la vuelta tenga que realizarla a pie. Calcule el tiempo. Es muy importante. Recuerde que sólo tiene una hora.

Hund asintió mientras se vestía. Momentos después abandonaba la astronave que inmediatamente remontaba el vuelo, elevándose primero verticalmente para tomar, rauda, la dirección de regreso.

Hund accionó el sencillo mando que daba paso al oxígeno y se elevó sobre el suelo, imprimiendo velocidad a su corto vuelo de medio kilómetro aproximadamente.

La entrada a los dominios de Itaco no podía ser más rudimentaria.

Por encima de todo era lo más parecido a una gruta prehistórica custodiada por un solo robot.

Tenía que deshacerse de él para pasar al interior.

El detector indicaba hasta cuatro presencias, pero Hund sólo podía ver una.

Emitió un sonido con el propio detector para llamar la atención de los posibles vigilantes.

No tardó en escuchar el sonido de los seres metálicos que se aproximaban.

Esperó.

CAPÍTULO XV

Hund no hizo absolutamente nada para atacar a los robots. Absolutamente nada. Al contrario. A pesar de que no habían detectado su presencia, fue él quien los llamó.

En pie y alzando la voz gritó:

—Me llamo Hund… Soy de la Tierra y tengo un mensaje para el profesor Itaco. Solicito ser llevado a su presencia. Dejo mis armas en el suelo, el detector y el resto de mi equipo. Vengo en son de paz.

Los robots avanzaron hacia él mientras su cerebro rector les transmitía las órdenes pertinentes.

Hund seguía inmóvil con todo lo que había nombrado a sus pies. Únicamente conservaba el equipo de vestir.

Los robots le rodearon.

En actitud inmóvil, los seres de metal transmitieron la orden de su jefe:

—Itaco le recibirá. Los robots le escoltarán.

Acto seguido la extraña comitiva se puso en marcha. Hund caminaba escoltado por un par de seres metálicos. Otros dos cerraban la marcha.

La oscuridad del corredor que avanzaba descendiendo levemente se iluminó con los tentáculos de los robots. Cada uno de ellos llevaba un brazo al aire alumbrando el sendero cada vez más profundo.

La caminata se prolongó unos diez minutos y Hund pudo apreciar los diferentes cambios en la estructura interior. De una cueva rudimentaria pasó por salas perfectamente construidas y equipadas, para terminar en una revolucionaria decoración del centro de aquella secta, que por tener disponía incluso de un lago subterráneo.

Los más espectaculares avances de la técnica se hallaban situados de forma estratégica.

Aparatos para las radiaciones. Magnetizadores, controles de todos tipos y tras cada uno de ellos su correspondiente servidor atareado en el trabajo.

Potentes tubos disparadores que atravesaban la bóveda, con pantalla periscópica defendían aquella extraña fortaleza.

En una plataforma pequeños bólidos dispuestos a elevarse desde las profundidades cuando el falso techo se deslizase, dejando al descubierto el hueco suficiente.

Osciladores para medir presiones de todo tipo. Pantallas de radar, detectores de gran potencia, captadores de microondas y ultrasónicos.

Un equipo, en suma, que no había visto en la otra parte de Kerko.

Y por fin la amplia estancia de Itaco, a dos niveles.

El jefe de todo aquello se le apareció como si surgiese visto a través de un espejo. Por más que Hund mirase en derredor no pudo descubrir la auténtica presencia de su interlocutor, pero él —Hund— sabía que lo que tenía ante él era una imagen que le daba la bienvenida con marcada ironía:

—Muy importante debe ser su mensaje para querer llegar hasta mí. Le supongo enterado de que tiene pocas probabilidades de salir de aquí. Por ello, por la necesidad que tengo de materia experimental, es por lo que le doy mi más cordial bienvenida.

—Iré directo al asunto, Itaco. Usted quiere destruir Kerko. Y yo sé cómo hacerlo. Si usted me promete inmunidad, yo le facilito las cosas.

—No suelo aceptar pactos. Debieron advertirle. Lo que quiero conseguir lo haré sin su ayuda.

—Si tarda mucho, ellos pueden anticipársele y destruirle a usted.

—Ya lo he pensado... Pero es altamente extraño que pretenda ayudarme quien hace poco ha ayudado a los que ahora pretende destruir. Estoy enterado. Yo estoy siempre enterado de todo.

—Es fácil de explicar. Necesitaba ganar su confianza.

—¿Para destruirlos?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—Eso no importa ahora. Quiero destruirlos. Insisto en que la acción puede ser fulminante. Basta uno solo de tus robots en cada uno de los sitios que yo te diga,

—Uno de mis robots jamás podría llegar hasta allí.

—Entonces utiliza hombres.

—Lo pensaré. Primero quiero saber más cosas.

—No tengo nada más que decir.

—Yo sí tengo que preguntar. —Y al mismo instante pulsó algo que tenía en la mano. Simultáneamente surgió de alguna parte del suelo un zumbido.

¡Gas!

La escafandra y el traje impidió que Hund perdiera la conciencia.

Entonces los robots que le custodiaban, interpretando órdenes le atenazaron.

—¡Itaco! ¡Di que me suelten! Yo he jugado limpio contigo.

—Veremos lo que piensa tu cerebro. Yo sé cómo removerlo hasta encontrar lo más oculto. —Y la visión se esfumó.

Hund fue arrastrado a pesar suyo.

CAPÍTULO XVI

Toda lucha con aquellos seres metálicos resultaba vana y Hund fue sumido en la inconsciencia mediante una simple inhalación.

Un especialista le mantuvo tendido en una mesa, y unos extraños aparatos oprimieron su cerebro.

Conductos electrónicos conectados a un generador de energía reflejaban los espasmos en una pantalla.

—Se resiste —comentó el especialista.

—Es extraño en un terrícola —murmuró Itaco.

—Puede que su ascendencia no lo sea.

La resistencia comenzó a ceder tras varios esfuerzos de Hund. Por fin comenzaron a aparecer unos signos que una computadora registraba y traducía simultáneamente.

Itaco tomó la cinta y comenzó a leer.

—Sorprendente... Esto va bien. Va muy bien. —Itaco sonreía satisfecho de los buenos resultados de su experimento.

Cuando Hund despertó se hallaba sentado en una silla metálica y sujeto con correas a los brazos de la misma. Ante él, en pie, Itaco, siempre apareciendo como por un reflejo del espejo.

—Sé quién eres, Hund, y sé lo que pretendes con tu ayuda. Es seguro que tú solo te bastarás para destruir Kerko, allí te ha sido fácil ganar su confianza, pero aquí, en mis dominios, es distinto. Jamás podrías destruirme a mí. Por eso pretendes que yo acabe con los otros y me instale allí, y entonces tú solo acabar conmigo y mi obra. Muy listo. ¿Eh? Debiste meditarlo más antes de venir. —Pulsó un botón y ordenó—: Base experimental II. Recoged la materia.

Itaco desapareció mientras dos robots empujaban la silla metálica que, deslizándose sobre ruedas, era transportada hasta la puerta de la sala experimental aludida por el jefe.

—¡Espera, Itaco! —gritó Hund.

Sabía que era inútil. Habían profundizado en su mente. Sabían la verdad y de nada habría servido negarla. Itaco conocía ahora el plan de Hund. ¡Estaba perdido!

La mesa de experimentos le esperaba. Junto a ella otra víctima totalmente inconsciente y desnuda. Kia. La mujer que se suponía que él había ido a salvar.

Extraños aparatos rodeaban el satánico quirófano. Un especialista aguardaba que la víctima fuera colocada sobre la mesa por los robots.

El especialista rodeado por otro par de colegas explicó tranquilamente:

—Extirpación simultánea de cerebro.

Hund forcejeó para librarse de las fuertes ataduras que le mantenían sujeto a los brazos de la silla.

Los robots le estaban desatando. Los ojos de Hund observaron el instrumental electrónico que descansaba sobre una mesita metálica. Todo iba sujeto con cables que pendían del regulador superior.

Conservaba el reloj que ya de nada servía, porque jamás podría regresar.

Advirtió que llevaba dos horas allí dentro, una más del plazo concedido.

El robot que tenía a su izquierda terminó de desatarle el brazo de ese lado.

Hund sólo podía hacer una cosa. Luchar por su vida. Morir defendiéndose. Todo antes de sufrir pasivamente una intervención experimental.

Sin poder calcular sus movimientos, sorprendió a los robots lanzándose hacia la mesa del instrumental. Lo que sí había advertido es que los cables qué sujetaban el instrumental eran lo suficientemente largos para poder manejar las herramientas con soltura.

—¡Cuidado! —advirtió uno de los médicos. Uno de los robots elevó un tentáculo.

—¡No! No quiero gas. La prueba debe hacerse a plena conciencia del paciente —dijo el médico—. Inmovilícenlo. Inmovilícenlo.

Hund pensó que las circunstancias le favorecían, porque tal como iba con un simple taparrabos nada hubiera podido protegerle del gas paralizante.

Saltó por encima de la mesa empuñando un estilete. —¡Deténganlo! —gritó el especialista tratando de abandonar la sala.

Hund cayó sobre él como un alud. Le inmovilizó colocándose detrás suyo y amenazándole con el estilete cerca del cuello.

—¡Atrás! ¡Atrás! O él caerá primero. —Con su cuerpo Hund cerraba la puerta a sus espaldas. Los otros colegas estaban atrapados en la misma habitación.

Los robots quedaron paralizados mientras el especialista aterrado indicaba:

—¡No hagan nada! Me matará, me matará.

Una voz surgió resonando por la estancia. Hund la reconoció. Era la de Itaco, metalizada al pasar a través de las ondas.

—No podrá escapar, Hund. Si mata al especialista, usted también estará perdido.

—Le mataré, Itaco. Le mataré. Y usted le necesita para sus experimentos...

Se hizo un silencio que rompió el lloriqueo del médico al sentir cómo la afilada punta del instrumento le hacía correr un hilillo de sangre en el cuello.

¡Déjele escapar, Itaco! Ya capturaremos a más gente... Déjele marchar.

De repente surgió un zumbido intermitente.

—¡Alarma! —gritó uno de los colegas del especialista.

En efecto. Estaban atacando la guarida de Itaco.

CAPÍTULO XVII

Diez astronaves sobrevolaban la zona lanzando rayos intermitentes contra la entrada de la caverna. Dos robots habían sido alcanzados, por lo que sus cuerpos metálicos ya no estaban allí.

—¡Locos! ¡Locos! ¡Os destruiré! —gritaba Itaco, que a través de una pantalla observaba las evoluciones atacantes de las astronaves—. ¡Cañones preparados! ¡Tubos dispuestos! Lanzarrayos teledirigidos a punto.

Hund oía las órdenes y comprendió que ése era el peligro que temían los otros kerkonos. ¡Lanzallamas teledirigidos!

Una voz potente surgió de una de Tas naves y Hund creyó reconocer la de Grog. Hablando por onda dirigida, sus palabras llegaron nítidas y concluyentes.

—¡Hund! Si puede oírme intente salir de aquí como pueda. Le cubrimos. Dese prisa.

Era el momento de jugarlo todo a la velocidad, a la intuición, a la fuerza bruta si era preciso.

Empujó con fuerza al especialista contra los aparatos y al mismo tiempo se lanzaba para alcanzar un taburete. Los colegas del especialista aprovecharon la ocasión para huir. Hund arrojó con fuerza el taburete contra la batería de luces y elementos eléctricos del quirófano. Se produjo el cortocircuito esperado y todo quedó a oscuras.

A tientas buscó el cuerpo de Kia. No estaba atado. Cargó con él y amparado en la oscuridad pudo pasar entre los robots y salir a un corredor exterior.

Itaco estaba demasiado preocupado para controlar la situación, y toda su atención estaba puesta en la defensa.

—Disparad. ¡Rayos! ¡Rayos!

Los rayos teledirigidos emergieron desde las profundidades buscando sus objetivos.

Grog, al mando de una de las naves, ordenó:

—Dispositivo antirrayos. ¡Destrucción! ¡Destrucción!

De los tubos de defensa de las naves triangulares surgieron unas espirales de fuego. Los rayos teledirigidos trataron de esquivarlas.

Y empezó la extraña danza de fuego letal.

En la noche los dibujos y arabescos formados por los rayos constituían un espectáculo portentoso y dramático a la vez.

Uno de los rayos quedó absorbido por la espiral y se produjo una tremenda explosión.

—¡Corten, corten! —gritaba Itaco, pero era demasiado tarde. La espiral, al engullir el rayo, aspiraba a su vez la carga, y la presión hacía estallar el tubo.

La explosión en la zona de defensa del subterráneo averió parte de la instalación eléctrica y Hund aprovechó la penumbra para correr en busca de la salida.

En el exterior espirales y rayos continuaban sus caprichosos vaivenes. Las explosiones se sucedían.

Uno de los rayos pudo, sin embargo, esquivar a su contrario y buscó afanoso la nave a la que iba dirigido.

—¡Salten! —gritó Grog.

Demasiado tarde porque el rayo alcanzó antes la nave, y ésta, después de quedar al rojo vivo, se desintegró.

Hund se encontraba ante dos robots que le impedían el paso. Cambió de dirección enfilando otro corredor. Se metió dentro de una estancia seguido por los robots. Cruzó hacia otra hasta hallarse en un gabinete de armas.

Un indicador advertía el destino de la sala.

«Pruebas de armamento».

Los robots estaban allí. Tuvo el tiempo justo para dejar a Kia sobre una mesa, apoderarse de un arma larga y disparar.

Los dos robots quedaron fulminados antes de poder utilizar el gas.

De nuevo Hund se encontró con vía libre, mientras sobre la gruta seguía la escaramuza de fuego.

—Disparen sin cesar. A tope, a tope.

Los rayos de las naves se hundían en las rocas de la gruta provocando explosiones y pequeños cráteres. Las espirales apresaban el fuego del enemigo, y el resplandor de las sucesivas explosiones daba aspecto diurno a la zona. La claridad era total.

Hund, perdido en el laberinto de corredores, halló al fin una salida lateral tras subir por una rudimentaria escalera.

Corrió hacia el descampado, mientras sobre su cabeza se sucedían los fogonazos.

—¡Allá va! —señaló Grog desde su nave—. Voy a por él. ¡Cúbranme!

Y abajo, en la gruta, Itaco fuera de sí ordenaba:

—A tope. Persíganlos. Que no huyan. Esto debe servirles de

escarmiento y aviso…

Pero ya era tarde. Grog había usado de toda su sapiencia, manejando bien la estrategia. Sus naves regresaban ya. Había perdido una y lo lamentaba. A cambio había recuperado dos vidas. La suya y la de Kia.

—¿Ha organizado todo esto por mí? —preguntó el terrícola cuando ya el peligro había pasado.

—Usted nos ayudó, Hund. No podíamos dejarle abandonado.

—Habrían experimentado conmigo, ¿sabe? Llegó un momento que no pensaba salir de aquí.

—Lo sé.

—Gracias, Grog. Gracias. Le debo la vida.

—Y Kia se la deberá a usted —concluyó el Superior.

CAPÍTULO XVIII

Todo había pasado ya. Hund se hallaba relajado sobre la cama. Tenía las manos cruzadas detrás de la nuca. Sentada cerca de la cabecera, Ilana, desvelada aún, le estaba observando. Por fin rompió el silencio.

—Ahora te han salvado a ti también, Hund... Se han expuesto para rescatar tu vida.

—¿Vas a preguntarme si sigo pensando en destruir Kerko?

—No. No voy a preguntárselo.

—No sabría responderte, Ilana. Hay cosas que van más allá de toda previsión: La diferencia entre los seres con vida propia y los robots es que los primeros pueden pensar. Los humanos tenemos sentimientos y sabemos apreciar el valor de las buenas obras.

—Celebro que pienses así, Hund. No podía equivocarme contigo. No podía. Captaste mi voluntad desde el primer momento y yo ya te admiraba por tu inteligencia. No puedes ser un malvado. Y lo serías si destruyeras esta comunidad, que tan bien nos ha acogido.

—No digas nada ahora. Debo pensar, pero no puedo... Algo se interpone entre mi voluntad y...

Se incorporó poco a poco hasta quedar sentado sobre la cama. Sus ojos estaban inmóviles, fijos en un punto inconcreto.

—¡Hund! ¿Qué te pasa? —preguntó ella al darse cuenta de la actitud estática de su compañero.

El guardó silencio unos momentos, tratando de concentrarse; luego, con voz impersonal, aclaró:

—Debo irme...

—¿Dónde?

—A la Tierra. Debo regresar. Mi padre me llama.

—¿Qué...?

—Se está muriendo. Debo estar a su lado. Es la tradición. Debo irme. Debo ir yo solo.

Volvió a su actitud normal y de un salto se puso en pie.

—Iré contigo, Hund.

—No. Yo volveré. Volveré a Kerko. Luego aquí tú y yo empezaremos una nueva vida. ¿Aceptas?

—Sí, Hund. Ahora ya no siento añoranza de la Tierra. Sé que contigo seré feliz y me gusta este sitio...

Se besaron con ardor. Y la caricia se prolongó de un amor apasionado que en aquellos momentos culminaba.

El atractivo mutuo se completó en aquella hora que ambos permanecieron juntos, íntimamente ligados dando expansión a sus sentimientos.

Antes de marchar Hund profetizó:

—Nuestro hijo, Ilana, será el primer Hund que vuelva a nacer en su planeta de origen y quiero que encuentre un mundo habitable, lleno de paz. Un mundo como éste...

Luego, la misma nave con la que había llegado a Kerko, le devolvía a la Tierra.

Nadie le hizo preguntas respecto a su viaje y todos aceptaron su palabra cuando profetizó.

—Volveré pronto. Pienso quedarme entre ustedes si me aceptan.

La extraordinaria velocidad que podía sacar de su nave gracias al dispositivo por él ideado le permitió llegar al planeta Tierra en menos tiempo que cualquier nave terrena necesitaba para llegar al próximo Marte.

Apenas dos noches espaciales.

Para evitar preguntas tomó tierra en una zona alejada y utilizando un equipo de oxígeno y toberas de Kerko sobrevoló la pequeña ciudad amparado en la noche.

Cualquiera que le hubiera visto habría creído estar soñando, pero a Hund le interesaba estar cuanto antes junto al lecho de su padre.

Le encontró solo, en su última agonía.

—No he podido llegar antes, padre. No sabía que tu salud fallara.

—Te llamé en el último instante, Waldin Hund. Para recordarte tu misión.

—Sí. Lo imagino, padre. Y no quisiera contrariarte en este momento. Los Hund nunca hemos sido sentimentales. Aceptamos la muerte como cosa natural. Luchamos por la vida y el bienestar, y morimos convencidos de que hemos hecho todo lo que debíamos. Yo también, padre, cuando llegue mi hora, quiero morir del mismo modo..."

—Y harás bien, hijo. Sé de dónde vienes y muero tranquilo, porque eres el primer Hund que ha conseguido regresar a Kerko. Tú eres el elegido.

Waldin Hund bajó la cabeza y buscó las energías que en aquel momento no encontraba para sincerarse con el moribundo.

—¿Qué pasa, hijo? ¿Hay dificultades? Sé que tú las vencerás. Lo sé... Ultimamente he recompuesto algo que anteriores generaciones utilizaron. Está ahí...

Señaló el aparato que estaba sobre la mesa, que tantas veces había utilizado para trabajar.

—¿El estimulador cerebral?

—Sí. Ayuda a revivir... El subconsciente descubre los secretos del pasado. Uno puede recomponer fácilmente la vida de sus antepasados.

—Sí, padre, lo sé. Pero yo no necesito esto. He tomado una determinación...

—¡No lo digas!

—Padre. No quiero exterminar a nadie. Los actuales habitantes de Kerko no son los mismos. No son culpables de nada. Hay que olvidar el pasado.

—Esto es renegar de tu raza... ¡Son los mismos! Siempre somos los mismos...

—Nunca he compartido plenamente esa teoría...

—No es una teoría. Yo soy una reencarnación de Halles Caven

Hund, él murió joven. Tenía cincuenta años. Los mismos que tengo yo ahora. Renaceré en otra generación y volveré a morir joven. Es de Ley… Y en Kerko ahora… Existen los culpables de entonces. Están todos, Waldin. ¡Todos! Ha coincidido así. Por eso tú eres el elegido… Utiliza el estimulador. Y sabrás…

—¿Qué es lo que quieres que sepa…?

—Sabrás quién mató a tu madre… Póntelo y luego cumple con tu deber, hijo. Cumple.

—Papá, hay que terminar con esto. Si tú conocieras a aquella gente… Les he prometido volver.

—¿A quién se lo has prometido? ¿A Grog?

—¿Cómo puedes saber…?

—Sé muchas cosas, hijo.

—Grog me salvó la vida. ¿Lo sabías también?

—Porque ignora quién eres tú.

—¿Por qué dices esto? ¿Qué quieres dar a entender?

—Grog era el que dirijió la destrucción y el exterminio. Grog asesinó a tu madre.

—¿Qué?

—Sí, Waldin. Tú vivías entonces. Eras tú el que escapó con tu padre…

—Pero, padre…

—Grog es un asesino, destrúyelo… Destrúyelos a todos y se habrá cumplido la venganza. Destrúyelos antes de que te destruyan a ti…

CAPÍTULO XIX

El padre de Waldin Hund exhaló el último suspiro, dejando sumido en la duda el cerebro del joven.

¿Tendrían fundamento las palabras de su padre?

¿Era realmente él —Waldin Hund— quién huyó de la destrucción en las remotas fechas en la que los moradores del planeta fueron aniquilados por una horda invasora extranjera?

Instintivamente se colocó el estimulador, lo conectó al generador energético y se tendió en la butaca reclinable relajándose por completo.

Su mente comenzó a vibrar. Fluyeron los recuerdos hasta perderse en los tiempos y «vivir» in situ escenas de la vida de sus antepasados.

Lo que realmente había sucedido en Kerko lo imaginaba gracias a ese sentido del subconsciente que le permitía recordar o intuir o recomponer escenas pretéritas, pero nunca jamás lo había «visto» con tanta claridad como ahora.

Era como si delante de una pantalla desfilaran imágenes remotas. Y de entre ellas se vio a sí mismo. O alguien muy parecido. Aunque sólo era un niño.

Sí. Un niño cogido de la mano de un hombre cuyo rostro le era familiar. Sí… aquel sujeto era… ¡Grog!

¡Y el niño era él! ¡Estaba seguro!

—¿Es usted amigo de mi padre? —preguntaba el niño, y Grog asentía.

—Muy amigo. Ya verás cuando me vea —replicaba Grog.

—Pero ahora mi padre no está en casa.

—Ya lo sé. Está en la fábrica trabajando en la alimentación energética.

—¿Trabaja usted con él?

—En cierto modo —decía Grog.

Luego el niño y Grog montaban sobre un elevador exterior para subir hasta la vivienda.

—¿Conoce usted también a mi madre? —preguntó el niño.

—Pues no. No tengo el placer.

Luego una mujer les franqueó la entrada y se extrañó de ver a su hijo acompañado por el desconocido.

—Es un amigo de papá —presentó el niño, pero apenas la puerta se hubo cerrado, Grog encañonó a los dos.

Nunca habían visto un arma como aquélla y Grog hizo una demostración de su potencia. Pulsó el botón superior de aquel tubo cilíndrico y un chorro de fuego se incrustó contra un tabique metálico, fundiéndolo totalmente.

—Ustedes desaparecerán también si no obedecen mis instrucciones. Sé que no hay nadie más en la casa. Y quería tenerles a los dos. Ahora póngase en comunicación con su marido —ordenó el hombre apuntando hacia la madre del pequeño Hund, que se abrazó a ella aterrorizado.

—¡Usted me ha mentido!

—¡Cállate! Y usted obedezca —espetó Grog.

La mujer hizo lo que aquel hombre le mandara. Luego Grog a través de un intercomunicador bastante convencional habló a Hund padre.

—Tres hombres están aguardando en la parte trasera de la Fábrica Energética. Muy cerca de usted. Déjeles entrar. Cuando lo haya hecho

que se pongan en contacto conmigo. Hágalo rápidamente. Tengo a su mujer y a su hijo bajo amenaza. Les aniquilaré si no cumple usted mis instrucciones.

—¿Quién es usted? —inquirió Hund atónito ante la extraña e inesperada amenaza.

—Mi nombre es Grog y he sido designado para transformar este planeta.

—¡Usted está loco! Voy inmediatamente a mi casa. Llamaré a las fuerzas de la defensa y…

—Si hace esto, no volverá a ver a los suyos con vida. —E hizo una seña para que el niño hablara con su padre.

—Papá… Este hombre me dijo que era amigo tuyo.

Vino a casa y… tiene un arma extraña que funde la materia. Es terrible, papá. Si no haces lo que te dice nos matará.

Luego Hund padre habló de nuevo.

—¿Quiénes son esos hombres que esperan fuera de la Fábrica? Dígame lo que pretenden.

—Eso ya lo verá usted, Hund.

Y Hund padre vaciló. Su esposa y su hijo era todo lo que tenía. Lo que más quería. Más que a sí mismo. No tenía alternativa y dejó pasar a aquellos tres seres, extraños, que apenas entrar le golpearon con fuerza con unas porras metálicas.

Luego uno de ellos habló a través del intercomunicador:

—Estamos aquí, Grog. Ese hombre ya no puede molestarnos.

—De acuerdo. Empezad cuanto antes.

Y el niño gritó:

—¿Qué le han hecho a mi padre?

—¡Cierra la boca y no te preocupes ahora por tu padre!

—¿Qué le ha hecho a mi esposo? —intervino la mujer, y ante el mutismo del hombre se abalanzó hacia él intentando zarandearle.

Grog la empujó con furia haciéndola caer. El niño, al ver a su madre maltratada, se lanzo contra el agresor y hundiéndole los puños en el cuerpo consiguió que sus golpes hicieran mella, pero Grog, sin miramiento, iba a utilizar el arma contra él.

—¡No! —gritó la madre, y tomó una bola metálica, simple objeto de adorno colocada en un estante, y la arrojó contra Grog, que ante el peligro disparó al mismo tiempo.

El fuego mortal de su tubo alcanzó a la madre, mientras él recibía el impacto que lo medio atontaba.

El niño Hund quedó atónito. Su madre había desaparecido después de verla retorcerse de dolor. Y Grog se estaba reponiendo. Comprendió Hund que nada podría contra aquel asesino que acabaría con él, y huyó a todo correr para dirigirse a la fábrica con la esperanza de encontrar a su padre.

Se veía a sí mismo gritando, pidiendo auxilio y de alguna parte empezaron a surgir gendarmes de la defensa nacional, pero él seguía corriendo.

Y los gendarmes corrían también porque empezaban a suceder cosas muy extrañas que ponían en peligro la supervivencia del planeta.

Porque en la fábrica y ante la impotencia de Hund padre aquellos tres hombres habían derivado las corrientes energéticas, dominaban las comunicaciones y habían efectuado unos empalmes que ponían en peligro los centros regidos por la Fábrica.

Seguían manipulando, cuando Hund padre comenzó a despertar. Con ojos aterrados comprendió lo que se proponían.

—¡Van a volarlo todo! ¡Están locos!

Uno de ellos sacó su tubo mortífero y Hund padre se lanzó contra el agresor y lucharon, mientras los demás seguían trabajando.

En aquella terrible lucha a muerte, Hund pudo dejar fuera de combate a su adversario, pero ya tenía otro ante sí, dispuesto a disparar. Y lo hizo.

Y el fuego, incomprensiblemente, no alcanzó a Hund padre, que tuvo el tiempo justo de huir.

Su enemigo hizo surgir constantes chorros de fuego, mientras le

buscaba con ansias homicidas. Parecía imposible que alguien pudiera salir con vida.

Hund lo logró. Nunca supo cómo había esquivado una muerte casi segura.

Sin embargo, ya era tarde para todo. Sobre la ciudad un enjambre de naves se aproximaban atacando por doquier.

Bloques enteros de moradas se derrumbaban y en las plazas públicas surgían profundos cráteres a cada nuevo impacto lanzado desde los aires.

Locutores extraños contribuían a aumentar el caos confundiendo a los pacíficos habitantes del planeta que aterrorizados no sabían dónde huir.

Y la guerra, perfectamente calculada, no tenía contrincante, porque las naves, faltas de la energía suficiente, no podían despegar, y las pocas que lo consiguieron no contaban con el armamento adecuado para hacer frente a los ingenios más avanzados que utilizaban los invasores.

La destrucción aumentó al verse complementada con las voladuras efectuadas desde el propio planeta.

Era apocalipsis imposible de frenar.

Y en medio de aquella total destrucción los Hund se encontraron. También aquello parecía imposible, porque ya ninguna calle ni plaza alguna conservaban su fisonomía habitual. La ciudad se había convertido en ingentes montones de metal que se estaba derritiendo en medio de una humareda irrespirable.

Los ríos se habían desbordado e inundaban amplias zonas y llenaban los cráteres.

Sin saber cómo, siempre huyendo del terror, del fin absoluto de una civilización, los Hund llegaron a una suave colina y desde allí vieron las naves enemigas cómo tomaban contacto con el suelo. Era un despliegue total. Cada nave se situaba en el punto más conveniente, separadas entre sí.

Al otro lado ya no quedaba nada. Ni siquiera se oían los gritos de miedo y de dolor.

Cerca de ellos, dos sujetos se alejaron de una de las naves.

Hund padre pensó que con aquel artefacto podrían salvarse.

Acurrucado con su hijo, esperó las horas de la oscuridad y así aún pudo oír una especie de mensaje que llegaba a través de potentes emisores.

«La victoria ha sido total. No queda nadie con vida. Kerko ha sido totalmente vencido.»

Y el niño oyó a su padre decir:

—Quedamos mi hijo y yo. No habéis destruido nuestra raza... Y Kerko volverá a ser nuestro.

Luego se acercaron a la nave y consiguieron llegar a ella sin ser vistos.

Hund padre no tuvo muchas dificultades en comprender su funcionamiento.

Así, de este modo increíble, consiguieron alejarse, y el destino les llevó hasta la Tierra.

Llegaron en un momento de infinito retraso en comparación con las técnicas de Kerko. Y a nadie podían pedir ayuda.

Su refugio fueron las montañas vírgenes en una región que en los mapas figuraba como América del Sur.

Allí rehicieron su vida, más vegetativa que activa.

Y sólo su inteligencia les permitió sobrevivir y crear objetos rudimentarios. Un manual encontrado en la nave de los invasores de Kerko permitió primero a Hund padre y después a su hijo iniciarse en las nuevas técnicas, que posteriormente en el mundo de la Tierra y en generaciones sucesivas irían perfeccionando.

Hasta que un día Hund padre moribundo le recordó una vez más su misión en el futuro:

—Recuérdalo, Hund. Yo voy a morir. Voy a morir ahora en un lugar extraño, lejos de Kerko, mi planeta, el de nuestros antepasados...

Y así el moribundo legó su postumo mensaje, que debía transmitirse de generación en generación hasta llegar el momento en que el elegido llevase a término la venganza...

CAPÍTULO XX

Waldin Hund se quitó el casco y los auriculares. Ahora ya sabía cuál era su pasado.

Se había visto a sí mismo y comprobó lo que su padre le había asegurado antes de morir, que Grog era, además de un invasor, el asesino material de su madre.

—Grog es un descendiente, igual que yo. El Cosmos nos pone frente a frente y ahora soy yo quien puedo destruir —dijo en voz alta.

Enfrascado en sus pensamientos, metido de lleno en hondas reflexiones, no podía atender a sus ondas detectoras que le hubieran llevado hasta Lefevre, el joven e inquieto profesor que junto con Lara había detectado la llegada de la nave espacial.

—Es Hund —dijo para sí—. Nadie ha podido detectarlo. Estoy seguro. ¡Lara, esto es grande!

—Deja ya de estudiar, no me has hecho venir para pasarte el tiempo mirando esos aparatos. ¡Cada noche haces lo mismo! Hacemos el amor y estás pendiente de tus cachivaches... Te interesan más ellos que yo.

Lara, la novia de Lefevre, estaba molesta y él lo sentía, pero tenía motivos para estar alerta de su detector. Era un aparato muy especial.

—Sabía que esto tenía que ocurrir, Lara. Puede que yo no sea tan perfecto como «ellos», pero mi cerebro ha detectado algo. Y no me he equivocado:

—¿De qué estás hablando?

—De esto, Lara. —Y mostró la pantalla, el juego de luces, el receptor de microondas, todo lo que cada noche utilizaba esperando algo. Algo que había llegado al fin.

—Si tan bueno es tu juguete, ¿por qué no lo patentas? Ganarías más dinero que enseñando en el Instituto.

—El mérito de este aparato no es sólo mío. ¿Recuerdas a Hund? El

me echó una mano. Me dio unas ideas.

—¿Waldin Hund? —inquirió ella recordando—. ¿No es el que desapareció?

—Desapareció de entre nosotros, pero sigue vivo. He localizado su nave. Está lejos. ¿Estás dispuesta a seguirme?

—¿Dónde?

—Eso no importa. Iremos a otro mundo. A otro planeta.

—Estás loco.

—¿Te gustaría?

—¡Oh, tú deliras!

—Hablo en serio, querida. Es la gran aventura. Me agobia mi planeta, la Tierra. Es vieja, está llena de ambiciones ocultas, de escalafones. Todo el mundo aspira a ser más que otro y no somos nada en comparación con el Cosmos… Vivimos automatizados, condenados a la estandarización, comemos preparados sintéticos, bebemos líquidos recuperados. Sólo los poderosos pueden aún disfrutar de los placeres de la naturaleza…

—De acuerdo. No me gusta el sistema a mí tampoco, pero de esto a podernos trasladar.

—Si estás dispuesta, sígueme. —Y se aproximó a ella. La besó. La quería y deseaba llevarla consigo.

Amanecía ya cuando Waldin Hund estaba ya junto a la nave. Incinerado su padre debía volver a Kerko. Allí era su verdadero planeta. Allí le aguardaba Ilana. Allí, en fin, tenía algo que hacer.

Fue al subir a la nave que encontró a la pareja.

—¡Lefevre! —exclamó dirigiéndose al hombre.

—No digas nada, Hund… Ya conoces a Lara. Ella… y yo estamos dispuestos a ir contigo, si tú lo permites.

—¿Ir dónde? —inquirió.

—Donde tú vayas.

—¿Y por qué queréis venir?

—Porque será mejor que la Tierra. Danos esa oportunidad.

—Os equivocáis. Aquello pronto se convertirá en un infierno.

—¿Por qué? ¿Hay guerra donde tú vas?

—La habrá. Es peligroso. Regresad a vuestras casas.

—Por favor, Hund —pidió Lara—. Si es cierto que eres de otro planeta déjanos conocerlo.

Hund se sentó frente a los mandos y puso el contacto. Sólo faltaba apretar un botón. La puerta seguía abierta.

—¿Cómo habéis entrado?

—Utilicé un control remoto. Funciona con esta nave. Es de las nuestras, aunque tú la hayas arreglado. He estado curioseando. Creo que hasta ya sabría manejarla.

—Tal vez más adelante. No lo sé. Desde luego, ahora no. Salid. Voy a despegar.

Se revolvió al instante intuyendo algo fatal y no se equivocó, pero era tarde. Lefevre le encañonaba con un revólver convencional.

—Siento tener que hacer esto. Lo siento porque te admiro, Hund, pero quiero ir contigo. —Y sin añadir palabra descargó con fuerza un golpe tremendo en el rostro del astronauta, derribándole.

—¿Por qué lo has hecho? —le recriminó Lara.

Pero Lefevre no estaba dispuesto a perder su oportunidad. Y momentos después pulsaba el botón que en teoría debía elevar la nave hacia el espacio.

Pero algo falló.

La nave sufrió un trequetreo y permaneció pegada a la Tierra.

Lefevre intentó corregir el defecto, hasta que Lara le hizo notar la proximidad de las fuerzas armadas.

—¡Mira!

Los agentes militares de la Defensa Internacional estaban rodeando el bólido.

Poco después Lefevre y Lara salían con los brazos en alto y los soldados descubrían el cuerpo de Waldin Hund.

CAPÍTULO XXI

Hund fue acosado a preguntas por los hombres del comandante de la base.

—Debes decirnos la verdad, muchacho. Te hemos estado buscando, mientras tú te paseabas tranquilamente haciendo caso omiso de nuestras llamadas. Explícanos qué hiciste y de qué ingenios de valiste para arreglar la nave.

—Esto es asunto mío, señor.

—¡No! Los problemas espaciales no son asunto tuyo —bramó el comandante—. Has utilizado una nave del Servicio Espacial para fines particulares. Te niegas a revelar dónde estuviste. Se te podría acusar de trabajar para los enemigos del país.

—Creí que todo el planeta estaba unido. Tenemos una policía militar internacional —sonrió Hund irónico—. Oficialmente no existen potencias enemigas.

—Tú sabes que existen.

—Porque estamos entre hipócritas, porque lo oficial jamás tiene que ver con lo real. Lo siento, comandante. Yo también tengo mis derechos.

—Los has perdido al vulnerar las leyes. Hay quien piensa que trabajas para emisarios extraterrestres. Desmiéntelo. Y si has averiguado algo tienes el deber de informar.

Hund guardó silencio. Pensaba en otras cosas. Cosas más urgentes. Cosas que estaban ocurriendo ya…

El comandante, exasperado, mandó encerrarle. Lefevre y Lara lo estaban también. El profesor no había querido soltar prenda referente a lo poco que sabía de Hund, y ahora lamentaba haberle metido en aquel atolladero.

Pero mucho más lo sentía Hund que tumbado en el catre de la celda que le habían asignado, junto a la de Lefevre, intuía lo que estaba ocurriendo en Kerko.

Su cerebro estaba detectando el intento en serio de Itaco para destruir a los seres libres de Kerko.

Y no se equivocaba.

Un enjambre de robots volantes se ocupaba en una misión de distracción. Las naves de Kerko habían salido tras los ingenios volantes y sostenían una lucha espacial, mientras un blindado de grandes proporciones se encaminaba hacia una de las ciudades.

Otro de aquellos artefactos perfectamente armado, con hombres en su interior y un contingente de robots, se dirigía hacia otra ciudad.

Y así hasta cinco vehículos blindados con la misión de penetrar en cada ciudad y dar principio a la destrucción.

Itaco había hecho oír su voz en todos los ámbitos.

—Si os rendís pacíficamente, no habrá muertos. Lo único que exijo es la inmediata sumisión de todos los responsables y de los habitantes en general. La única prueba que admitiré será la deposición de todo el armamento. Dejad las naves fuera de las ciudades, amontonad las armas y aceptad nuestras condiciones. Sólo así os libraréis del aniquilamiento.

Ilana oía aterrada la noticia en el hogar que utilizaba en Kerko. Y sabía, por las noticias difundidas, que el gran Consejo de gobernantes

estaba reunido deliberando sobre la situación.

Grog dejaba oír su voz.

—La sumisión sería peor que la muerte misma. Señores, nos enfrentamos por primera vez en nuestra historia ante el momento decisivo de tener que luchar por nuestra libertad. Tal vez no sea éste el momento propicio de recordarlo, sin embargo, no podemos olvidar nuestros orígenes en este planeta que invadieron nuestros antepasados… Muy pocos conocen la forma con que los nuestros arrebataron la vida de Kerko a sus moradores. Los aquí presentes y todos cuantos viven en la actualidad no son culpables de aquello. Nadie de nuestra generación tuvo que ver con el desastre. Sin embargo, como, herederos, es posible que recaiga sobre nosotros el castigo. Yo creo en los castigos, aunque creo también en la bondad de la gente. Pero ahora nos hallamos ante un enemigo cruel que quiere someternos. Nos toca decidir. Libertad o sumisión.

—¡Libertad o muerte! —gritó alguien.

—Libertad o muerte —corearon varias voces.

La votación fue unánime. Se lucharía por la libertad.

Ilana, cuando supo la noticia, pensó que el momento de morir estaba ya próximo. Nadie podría contra Itaco y sus ingenios…

Y como respondiendo a los pensamientos de la muchacha, Hund, desde la celda, dijo:

—A Itaco sólo se le puede atacar en su propia guarida… ¡Cielos! Yo debería estar allí. Debería estar. Lucharía por Ilana. Lucharía por Kerko. En definitiva es mi sitio. Yo soy de allí… Y lo primero es acabar con quienes piensas destruir…

Recordó que él había pensado en hacer lo mismo, siguiendo la misión que el destino le había encomendado, no obstante, no tenía que pensar en la gente que le había salvado, en los que se expusieron para librar a Ilana de las garras del robot y por fin, el sentido común…

—No. No se puede pagar con la misma moneda. No se puede atacar a quienes son inocentes.

—¡Quiero salir de aquí! —gritó tras las rejas que lé custodiaban—. ¡Sáquenme de aquí! ¡Tengo algo importante que hacer!

Lefevre, desde la otra celda, murmuró contrito:

—Yo, soy el culpable de todo, Hund. Lo siento. Todo lo que ahora ocurre es por mi culpa.

Hund no contestó.

Era tarde, muy tarde, para arreglar lo que estaba sucediendo en Kerko.

CAPÍTULO XXII

La guerra se había desencadenado con todos sus terribles consecuencias.

Los vehículos blindados se abrían paso soltando chorros de rayos letales.

Las defensas a ras de suelo eran impotentes de contrarrestar la

fuerza destructora de los rayos.

Por otra parte, el despliegue masivo de robots mantenía en activo a todas las naves de Kerko. Era imposible distraer una sola escuadra para acudir en ayuda de los que luchaban en las calles para impedir el avance de los blindados, escoltados por robots.

Itaco, desde su puesto de mando en las entrañas de su zona, observaba triunfante el continuo avance de sus huestes.

—Esto marcha mejor de lo que había calculado... Ahora pondremos rumbo a las centrales energéticas. Las destruiremos para paralizar sus defensas.

Uno de sus secuaces, atento a las pantallas comentó:

—La gente se rendirá.

—Eso no me importa. Les aniquilaremos a todos. No necesito partir de una raza de cobardes. Todo será nuevo, absolutamente nuevo. Ya nadie nos controlará. Seremos nosotros quienes resurgiremos en una raza invencible.

Los primeros edificios eran víctimas del fuego devastador de las fuerzas invasoras.

La primera central energética fue abatida y una cadena de explosiones anunció el derrumbe masivo de sectores enteros.

Y entre los barrotes de la celda, Waldin Hund creía estar presenciando impotente todo aquello.

Usando una expresión corriente en el planeta Tierra exclamó:

—¡Señor, Señor! Pensar que yo quería destruirlo.

Y ahora...

De nuevo su pensamiento voló en Ilana.

Ilana, cuya ciudad era la menos castigada todavía, había salido a la calle presa de pánico.

—¡Vuelva a su casa! —le ordenó un superior de patrulla—. Que nadie circule por las calles.

Pero la gente, presa de pánico, se agrupaba en las calles.

—Debemos salir. Vamos a las cimas rocosas, antes de que nos destruyan dentro de nuestras propias casas —aconsejó alguien.

—Si los robots nos detectan será peor —arguyó otra voz.

—Moriremos de todos modos —decía la voz general del pánico contagioso.

Un grupo decidió huir pese a las advertencias de las patrullas. Abandonaron la ciudad amenazada para dirigirse hacia los núcleos rocosos de las colinas.

Varios robots volaron al encuentro de los fugitivos y una escuadra de naves se dispusieron a protegerles.

Se originó otra batalla sin cuartel.

Algunos robots alcanzados quedaban destruidos en vuelo hasta su desaparición, por contra otras naves afectadas por los rayos se tornaban al rojo hasta quedar atomizadas.

Los que formaban parte del éxodo corrían desesperadamente, pero algunos alcanzados por el gas paralizante, jamás llegarían a sus destinos. Y nadie podía ayudar a los caídos, y así, algunos robots se dedicaban a transportarles hasta el refugio de Itaco para posteriores experimentos.

En la ciudad de Ilana, Grog, como Superior Jefe de operaciones, patrullaba con su nave cuando advirtió a nuevos grupos que intentaban huir.

Hizo posar su nave en el suelo y soltó una promesa.

—¡Que nadie se mueva! Dispondré que algunas naves les transporten lejos de aquí. En principio creíamos conveniente que cada familia estuviera en sus casas, pero desgraciadamente estamos perdiendo posiciones.

Una ciudad ha sido destruida. Haremos lo que podamos para evacuarles. No pierdan la serenidad, por favor…

Vio entre la multitud a Ilana que parecía alejarse descorazonada. La llamó y la hizo subir a su nave.

—Usted no debería estar aquí. No pertenece a nuestra raza. Haré que la devuelvan a la Tierra.

—Y esa pobre gente. ¡Oh, Grog! Es horrible. Si pudiéramos salvar a

algunos.

—No. No seríamos bien acogidos en la Tierra. Además, nuestras naves están agotando el combustible.

—Inténtelo, Grog. Salve a los que pueda. En la Tierra hablaremos con los gobernantes. Tendrán que acogerles. Lo harán… Ustedes pueden enseñar mucho a los de mi raza. Tengan confianza.

—De acuerdo, Ilana. Lo intentaría, pero Itaco nos perseguiría. No podríamos huir. Una nave sola tiene más posibilidades. ¡Vamos! Uno de mis hombres la llevará. Se reunirá usted con Hund… —Y al decirlo quedó pensativo.

A lo lejos se percibía el eco de los impactos, el chirriar de los rayos, el fragor de la lucha total.

—¿Qué piensa? —preguntó Ilana a Grog.

—Dígale a Hund que nos están destruyendo. El lo comprenderá…

—¿Comprenderá…? —inquirió ella.

—Sí, Ilana. Siempre supe quién era Hund…

—¿Usted sabía…?

—Que tenía una misión que cumplir… Ahora la venganza llega por otra parte.

—Sabiendo quién era Hund… Usted le acogió. Le ayudó. Incluso salvó su vida —musitó la muchacha.

—Yo no tenía nada contra Hund, Ilana. Y confiaba en que su inteligencia le hiciera comprender que una venganza perpetrada a seres inocentes no podría proporcionarle la dicha… Ahora ya es tarde.

CAPÍTULO XXIII

El sentido de la detección de Waldin Hund le permitió conocer la llegada de Ilana a la Tierra.

El agente que la trajo. se dispuso a reemprender el vuelo.

—No. No se vaya. Deje que primero le localice a él. Es posible que su nave haya sufrido algún desperfecto. Resulta extraño que Hund no regresara.

—Los míos me necesitan —dijo el agente— y aquí en la Tierra corro el peligro de ser descubierto.

—Le pido sólo el tiempo que precise para localizarle. Venga conmigo. Yendo juntos no sospecharán. La nave queda bien oculta entre los arbustos.

Salieron del parque donde en la oscuridad de la noche la nave triangular de Kerko había tomado tierra. Ilana buscó un centro de comunicación para ponerse en contacto con Hund.

La llamada no obtuvo respuesta y la muchacha contrariada murmuró:

—Está sucediendo algo anormal.

—Tengo que volver a la nave —dijo el agente.

—Espere. Hay un modo de dar con él —pidió Ilana—. Es sólo un minuto.

Se dirigió a la operadora automática y manipuló el transmisor pidiendo:

—Quiero localizar a una persona. Hund. Waldin Hund.

En el control, regido por una computadora, salió la clave correspondiente a:

«AUSENTE DE SU DOMICILIO»

—¡Oh! Esto ya lo sé. Quiero localizarle donde se halle. Quiero una llamada general. —Pulsó las teclas correspondientes y la computadora produjo varios sonidos característicos de la localización de datos.

Por fin anunció:

—Llame al Centro de Detención Especial.

—¡Detenido! —exclamó Ilana—. ¡Cielos! ¿Qué puede haber ocurrido?

Una hora más tarde se hallaba ante el oficial de turno que negaba con la cabeza.

—Lo siento, señorita. El preso está incomunicado. Acusado de negativa de colaboración. Tendrá que pedir un permiso al comandante. Y en estos momentos está ausente.

—Es urgente, oficial —pidió ella.

—Yo no puedo hacer nada.

Fuera del recinto, Ilana habló con el agente.

—Necesito sacarle de aquí. Seguro que para ti será fácil.

—¿Cómo es ese sitio en que está?

—Una cámara con barrotes y cierre electrónico. Tú tienes uno de esos controles remotos.

—¿Y el guardián?

—El cumple con su deber. No le hagas daño. Seguro que podrás...

—Sí —repuso el agente—. El paralizador inocuo. Estará inconsciente unos momentos. Los que necesitamos. Volvamos.

Ilana y el agente de Kerko entraron nuevamente en la antesala. Había muchas rejas para abrir y muchos guardianes que adormecer.

—¿Otra vez usted? —murmuró el portero.

Fue todo lo que pudo decir porque el flujo adormecedor que portaba el agente de Kerko funcionó de forma fulminante. El portero quedó dormido.

El agente, utilizando el control remoto, franqueó la entrada.

Había que pasar el control atendido por dos guardianes metidos entre las dos rejas de mando electrónico que interrumpían el corredor.

El agente, utilizando nuevamente su diminuta pistola adormecedora, soltó el flujo en forma de onda invisible y los dos guardianes dejaron de ser un obstáculo.

Tras abrir las puertas con suma facilidad le tocó el turno al oficial de guardia que estaba con otro par de guardianes. Los tres quedaron instantáneamente dormidos.

El cuarto y último obstáculo fue salvado antes de que Ilana y el agente se hallaran frente a la celda de Hund.

—¡Os estaba esperando! Sabía que estabais aquí. Sacadme pronto.

—¡Oh! ¿Cómo estás, querido?

—Deseando regresar a Kerko.

—Lo están destruyendo —dijo el agente.

—Lo sé. Iré con vosotros.

—No hay nada que hacer —dijo el agente.

—Tal vez. Quiero hacer algo... Yo pertenezco a ese sitio y quiero vivir en él. Cuando algo se quiere hay que ganarlo.

Lefevre, en la celda contigua, había escuchado.

—Déjenme ir con ustedes...

Libre ya, Hund indicó al agente que abriera la celda del profesor.

—Ya lo ha oído. Hay una guerra sin cuartel.

—Lucharé en ella si es para conseguir algo positivo...

—Está bien. Usted lo ha decidido.

—Salven a Lara. Ella no tiene la culpa de lo que ocurre y sigue encerrada.

—Es una temeridad llevarla a Kerko en estos instantes.

—Peor es aquí, Hund —insistió Lefevre—. Jamás seria libre y menos después de nuestra fuga.

—Llévala —pidió Ilana—. Buscaremos un refugio en las montañas pétreas del planeta.

—Está en la sección femenina de detenidos —recordó Lefevre.

—De acuerdo —aceptó Hund.

CAPÍTULO XXIV

La nave triangular de Kerko despegó del parque rumbo al planeta que seguía debatiéndose en el caos de la conflagración.

Hund, antes de abandonar el planeta, había dejado un mensaje y ahora Ilana preguntaba:

—¿Por qué lo has hecho?

—Quería que tuvieran el testimonio de que existen mundos habitados, quería que supieran de Kerko y también les he instado a que investiguen por los nuevos métodos que les sugiero. Quizá con el tiempo consigan nuevos logros y sea posible negociar para fines científicos... La norma de Kerko siempre fue la de ayudar a los planetas menos desarrollados. Y después de todo... yo nada tengo contra los terrícolas. Aunque no esté de acuerdo con sus métodos he vivido entre ellos.

—Hund tiene razón —adujo Lefevre—. El no pertenece a nuestro mundo. Yo, en cambio, deseo llenarme de conocimientos y quizá algún día pueda ayudar a los de mi raza. Si continuase en la Tierra jamás podría superarme.

El agente intervino:

—Oigan. Estoy detectando Kerko... La guerra continúa.

—Quizá estemos soñando —murmuró Lefevre—. Perdona, Lara, si crees que hice mal en insistir en este viaje.

—No, amor mío. No. Lucharemos para ganarnos ese mundo mejor.

Hund estaba pensativo y Ilana intuía que su compañero rumiaba el futuro y tal vez vislumbraba algo acerca de ese porvenir, pero no podía adivinar si los pensamientos de Hund eran buenos o auguraban el fin definitivo.

El propio Hund sugirió al agente que pilotaba la nave.

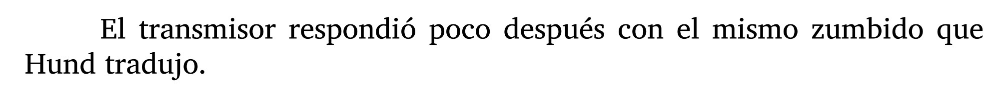
—Dejemos primero a las muchachas en el valle rocoso, en las mesetas.

—¡Un momento! Estoy detectando una nave que trata de ponerse en contacto con nosotros —dijo el piloto.

—Sí. Ya lo veo. Cambie el rumbo. Yo contestaré a la nave.

Bib, bib, bib —el detector lanzó al aire los sonidos intermitentes de la comunicación. Poco después Hund había localizado la procedencia.

—Es Grog. Le indico dónde nos dirigimos. Nos da paso libre. Voy a preguntarle por la situación.


El transmisor respondió poco después con el mismo zumbido que Hund tradujo.

—La situación es desesperada. Itaco ha barrido a dos ciudades. Las otras tres resisten aún, pero se teme que no tardarán en caer.

—¿Crees que hay posibilidades? —preguntó Ilana.

—La única es atacar a Itaco en su propia guarida.

—Eso es un suicidio —dijo el piloto.

—Ya entré una vez. Con un par de hombres más conseguiré entrar de nuevo.

—Cuente conmigo —repuso el agente.

—¿Qué experiencia tiene?

—No mucha, pero dadas las circunstancias no creo que pueda elegir mucho.

—Tal vez tenga razón, pero no puedo garantizarle nada.

—En estos momentos la vida importa poco. La lucha es a muerte.

Hund asintió:

—Nos jugamos la libertad. Y eso es lo más importante. Yo tengo familia. No quiero que vivan esclavizados —siguió el agente piloto de la nave.

Y enfiló hacia las mesetas del valle rocoso.

Cuando llegaron a su destino, ante los ojos atónitos de Lefevre y Lara por la velocidad de la nave, junto a su poder de evolución, Grog se hallaba en el lugar junto con un grupo de seres a los que había conseguido llevar sanos y salvos.

Cuando Hund estuvo frente al Superior, ambos hombres se quedaron mirando en silencio.

Por fin Grog cortó el silencio:

—¿Decidido a luchar a nuestro lado?

—Sí.

Grog le tendió la mano.

Ambos hombres sellaron un pacto de mutua colaboración. No había tiempo para más, sólo unas palabras.

—Gracias Hund.

Luego ordenó a las mujeres que fueran con los demás.

—En las grutas. Espero que estén a salvo. Tienen algunas armas por si fuera necesario usarlas.

—Yo quisiera ser útil —dijo Lefevre.

—Carece de experiencia —murmuró Hund.

—Haré lo que sea, lo que me ordenen.

—Entonces quizá tenga trabajo para usted, Lefevre.

El agente advirtió a Grog:

—Pretende entrar en la guarida de Itaco.

—Lo suponía.

—Le necesito a usted, Grog —dijo Hund.

—Está bien. Explíqueme su plan.

—Vayamos hacia allí. Se lo diré por el camino. Si algo no le parece bien, dígamelo…

La nave se puso en marcha inmediatamente.

Todas las pantallas de la base subterránea de los dominios de Itaco se hallaban en pleno funcionamiento. Los controles indicaban fidedignamente lo que estaba ocurriendo en cada punto. Itaco dominaba la situación por completo y sonreía ante el triunfo que difícilmente podía escapársele.

—Los que se han refugiado en el valle recoso tendrán que someterse una vez hayamos arrasado las ciudades del planeta —dijo—. Nos ocuparemos de ellos debidamente. Serán carne para mis experimentos.

Uno de sus ayudantes indicó la proximidad de la nave tripulada por

Grog.

—Mire eso, señor. Vienen hacia aquí. Es la nave del Superior Grog. No viaja solo.

—Comprobación, comprobación —espetó Itaco.

—Sí, señor.

Los radares funcionaban a la perfección. La imagen de la nave se aproximó en un primer plano lleno de nitidez hasta enfocar el visor a través del cual podían verse los que acompañaban al Superior Grog.

—Es el terrícola que estuvo aquí. Y hay otro desconocido —informó el servidor de Itaco a quien la noticia pareció satisfacer plenamente.

—Excelente. Tengo una cuenta pendiente con ese extraño. Será el momento de cobrarla... No pensaba que fuese tan estúpido. El solo viene directamente hacia su propia destrucción. Bien, bien... Serás perfectamente recibido, amigo. Tú y los que van contigo... Voy a prepararlo todo...

La nave conducida por Grog había tomado contacto con el suelo en la base de la depresión formada por un cráter. Las pantallas habían localizado perfectamente su situación, pero la orden era de no atacar.

—Los quiero vivos. A los tres —sonrió Itaco.

Pero el Superior Grog desconfiaba de tantas facilidades.

—Han tenido que vernos y no atacan. Los detectores no anuncian la proximidad de ninguno de sus robots.

—Seguramente Itaco nos depara una bienvenida especial. ¿Pueden oírnos?

—No, mientras estemos dentro de la nave. Sus detectores no pueden atravesar el metal. Una vez fuera...

—De acuerdo, Grog. Ya le he explicado el plan. Cuando quiera.

—Debería prevenirle una vez más del riesgo... Pero deseo salvar el planeta.

—Pues no perdamos más tiempo —concluyó Hund.

Y el Superior abrió la puerta de la nave triangular.

Desde el interior de la sede subterránea de Itaco, los pasos del terrícola fueron perfectamente seguidos a través de las distintas pantallas que abarcaban la totalidad del campo circundante.

Hund, se dirigía hacia la entrada lateral, tras él seguía el profesor Lefevre. Grog seguía en el interior de la nave en el fondo del cráter.

Cuando los dos terrícolas estuvieron cerca de la entrada. Hund hizo una señal de calma.

A Lefevre le costaba trabajo dominar su tensión nerviosa. Y con la mirada su compañero le pidió que se serenase.

El silencio era absoluto, pero Hund sabía que le estaban esperando y confiaba en que su intento desesperado cogiera por sorpresa a Itaco y sus sicarios. Era arriesgado, pero no había otra opción y Grog lo había comprendido también y por eso accedió a poner en práctica la idea del terrícola.

Hund no pudo evitar pensar en su destino:

«Mi misión era destruir… y ahora estoy arriesgando mi vida por salvarles, pero no me importa. Lo contrario hubiera sido injusto…»

Era el momento de actuar. Calculó que Grog habría tenido ya el tiempo suficiente para hacer los preparativos que él había pedido.

i en efecto así era.

El Superior Grog había conectado todos los sistemas de ataque automáticos.

Había puesto la nave en disposición de vuelo rasante al tope de su velocidad.

Y ahora Grog había descendido de la nave, llevando consigo el control remoto de microondas.

La puerta de la nave quedó cerrada. Grog esperaba la señal de Hund.

Lefevre procuraba mantener acompasada su respiración.

Con una seña Hund le indicó que preparara sus armas. Dos pistolas cortas de rayos letales. Lefevre asintió.

Desde dentro, los encargados de observar la pantalla habían

observado como Grog acababa de abandonar la nave.

—También ha descendido. Pero sigue allí —hicieron notar a Itaco.

—Están preparando algo. No cabe duda.

—Los otros dos todavía no han entrado. Están junto a la puerta.

Itaco asintió. Comprendía que algo se le estaba escapando, pero no sabía exactamente qué era lo que se proponían. Desde luego se mostraba menos optimista, pero desechó sus temores y en voz alta exclamó:

—¡No pueden nada contra mí! Les aniquilaré en el momento que lo desee. ¡No pueden nada!

En ese momento Hund, con un control de señales diminuto, de la misma frecuencia del que disponía Grog, pulsó un botón.

Un apenas perceptible zumbido fue la señal.

Bib, bib, bib.

—¡Están haciendo señales! —advirtió uno de los ayudantes de Itaco.

Grog había captado el zumbido y contestó.

Sólo entonces, Hund advirtió a su compañero:

—Preparado.

El Superior Grog pulsó su control y la nave se puso en marcha a una velocidad increíble para la mente de cualquier terrícola.

Avanzó teledirigida automáticamente hacia la entrada principal de la sede de Itaco.

El disidente comprendió lo que se avecinaba.

—¡Dispositivos de seguridad! —exclamó y corrió a refugiarse en una de sus estancias a prueba de peligros—. ¡Insensatos! No conseguirán nada… ¡Nada!

La nave triangular había entrado como una exhalación en el interior de la base y las armas automáticas disparaban sin cesar llenando todo el ámbito de rayos destructores.

Era cierto que una sola nave no podía destruir toda la sede de Itaco, pero sí causar serios destrozos en sus sistemas de ataque, y además, la confusión permitió que los dos hombres —Hund y Lefevre— pudieran entrar sin ser atacados porque todas las defensas del lugar se habían concentrado en la tarea de combatir los rayos mortales y destructores de la nave.

Los robots de Itaco contraatacaron, vomitando fuego para combatir el fuego y destruir los rayos enemigos, pero con ello no conseguían otra cosa que aumentar el volumen de las destrucciones y producir mayores destrozos.

Itaco, desde su estancia de seguridad, observaba el tremendo caos que se originó en su sala principal.

La nave triangular de Grog se había estrellado produciendo un enorme estallido, pero los rayos seguían surgiendo de los depósitos y aumentando los desperfectos.

Parte de la techumbre comenzó a resentirse y se produjeron algunos desprendimientos.

Itaco comprendió su error.

Era lo que Hund estaba comentando a Lefevre mientras se dirigían al punto principal donde deberían continuar la labor que no alcanzaban los rayos.

—Itaco sabía que veníamos. Nos había detectado y retiró sus defensas para que confiáramos. Si sus robots hubieran atacado al principio esto hubiera resultado más difícil y es posible que hubiera fracasado. Pero Itaco es demasiado soberbio. Cree que su poder es infinito y no contaban con un golpe de esta clase.

—¿Crees que dará resultado?

—La nave sola no conseguiría destruirlo todo. Por eso estamos nosotros aquí. Para destruir los autocontroles. Con ellos paralizaremos la acción de sus robots.

Se acercaban al fuego mortal que seguía perforando paredes y destruyendo robots,

En la sala principal ya no quedaba ni uno solo de los sicarios de Itaco. Algunos habían muerto, desapareciendo por la acción corrosiva de los rayos. Los que pudieron escapar estaban encerrados en otras salas.

Itaco comprobaba a través de sus pantallas privadas cómo los robots encargados de la destrucción de las ciudades seguían cumpliendo la misión, pero sabía que si los controles quedaban destruidos aquellos robots quedarían paralizados en el acto y su destrucción por parte de las defensas del planeta sería instantánea.

—¡Por allí —indicó Hund a Lefevre señalando un corredor que conducía a una sala secundaria.

Itaco obsesionado con la idea de culminar su acción devastadora, se había olvidado de Hund que había conseguido llegar a una de las mesas de mando.

—Destruyalo todo, Lefevre —dijo al profesor, y él mismo fue el primero en utilizar su arma para fulminar con ella uno de los tableros.

Lefevre le imitó en medio de las todavía constantes explosiones.

—¡Vamos al cuarto del Cerebro maestro! Esta es la parte más difícil porque tendremos que enfrentarnos con Itaco. Pero lo importante es llegar.

Una llamarada paralizó parte de los mandos y fue entonces cuando Itaco, a través de una pantalla, vio moverse a los dos hombres.

—¡Terminaré con vosotros! —exclamó y dispuso que dos de sus robots se dedicaran a ellos.

—Debemos tener cuidado, Lefevre —previno Hund—. Cuando Itaco se dé cuenta nos mandará a sus robots. Dispara en cuanto veas una sombra.

Lefevre asintió en medio del atronador estruendo que continuaba resonando por toda la bóveda subterránea.

—¡No escaparéis! —rugió Itaco y dispuso que los robots aguardaran a los dos terrícolas a la salida de uno de los corredores.

Hund y Lefevre enfilaban en aquellos momentos el corredor que les aproximaba al santuario de Itaco.

Al final del pasillo les aguardaban los dos monstruos metálicos dispuestos a eliminarles.

Entretanto Grog, apenas habían sonado las primeras explosiones, había corrido hacia la entrada de la Sede Subterránea y en esos

momentos avanzaba para ayudar a sus camaradas.

El Superior sabía lo que ambos arriesgaban y como responsable de la misión estaba allí, pero poco podía hacer por ellos ya, porque ambos —Hund y Lefevre— estaban ya muy cerca de los robots ante la sonrisa vengativa de Itaco que esperaba el momento supremo de verlos sucumbir.

—Os convertiré en autómatas para el resto de vuestros días... Viviréis artificialmente bajo los dolores más horribles que vuestras mentes hayan podido imaginar...

Faltaban apenas dos metros para que Grog asomara y siguió avanzando con sigilo.

Se volvió un instante para hacer una seña a su compañero indicándole cautela.

De pronto surgieron los dos artefactos mecánicos.

—¡Cuidado! —gritó Lefevre.

Hund se lanzó al suelo al tiempo que disparaba sus dos armas a la vez anticipándose a uno de los robots que se desintegró fulminado.

Lefevre disparaba sus armas contra el otro robot con igual fortuna.

—¡Cuidado! —advirtió Hund—. Pueden haber más.

Itaco lanzó una maldición mientras manipulaba en el tablero de mandos para mandar más robots contra los intrusos.

A rastras Hund llegó hasta la salida del pasillo y al observar que el camino estaba libre hizo un ademán al profesor.

—¡Adelante!

Apenas habían andado unos pasos vieron cómo otro par de máquinas avanzaban por el fondo hacia ellos.

Hund buscó un lugar para huir de aquel encuentro:

—¡Por ahí! —indicó señalando una puerta.

Cruzaron rápidamente el umbral y en seguida Hund comprendió su error. ¡No había salida!

Asomó de nuevo y vio que los robots estaban ya muy próximos.

Itaco sonreía. Esta vez no podían escapársele.

—¡Vosotros mismos habéis caído en la trampa!

Y los robots avanzaban hacia la puerta. Dentro de poco la abrirían y les bastaría unos disparos silenciosos de gas paralizante para dejarles a los dos a merced de Itaco.

Grog seguía buscándoles, cuando ya las explosiones del interior empezaban a menguar.

Los destrozos causados, resultaban evidentes y parte de la construcción subterránea se había desmoronado. Podían observarse boquetes en varias partes, y en la sala audiovisual los destrozos habían sido completos.

Las pantallas habían quedado inutilizadas, así como los mandos manuales y secundarios. Pero faltaba lo principal. La destrucción del cerebro principal instalado en la estancia de Itaco, en aquel Santuario donde personalmente podía seguir dirigiendo las operaciones de destrucción.

Hund, viéndose atrapado comenzó a disparar contra las metalizadas paredes del aposento.

—Dispara, Lefevre, dispara —gritó.

Los rayos abrieron un pequeño boquete en uno de los tabiques.

—Es macizo —exclamó Lefevre.

—Tiene que haber algún hueco. Una puerta secreta.

—¡No es posible! Son muros lisos —advirtió el profesor.

—Lo parecen. Esto no es como la tierra. Los materiales son distintos.

—Eso salta a la vista.

Rociaron la estancia de rayos, cuando ya la nueva pareja de robots se hallaban junto a la puerta que comenzaba a abrirse.

—¡Mira! —exclamó Lefevre al ver cómo parte de un tabique se fundía rápidamente dejando al descubierto lo que no era otra cosa que la

puerta secreta que Hund esperaba encontrar.

Pero en aquellos instantes uno de los robots hacía acto de presencia en la estancia.

—¡Cuidado! —previno Hund. Y una vez más pudo anticiparse al disparar, pero ya estaba entrando el otro robot—. ¡Atrás, Lefevre! —gritó Hund.

El profesor se introdujo por el hueco, mientras él disparaba contra el segundo robot.

Asomó un instante y vio cómo otros acudían desde todas partes.

Había empezado una caza sin cuartel.

Iba a retirarse cuando escuchó el murmullo de una voz. Era Grog que intentaba encontrarle:

—¡Hund!

El Superior venía corriendo por un corredor. Tras de sí llevaba dos robots.

—¡Cuidado! ¡A su espalda!

El Superior se revolvió disparando sendos rayos que alcanzaron rápidamente a sus enemigos, en el momento en que parte de la pared se desplomaba.

Grog consiguió salir a trompicones. Y Hund le indicó el camino.

—Por ahí. Tenemos que darnos prisa antes de que nos alcancen los otros —dijo Hund refiriéndose a las otras máquinas que avanzaban hacia ellos.

Siguieron por el boquete que habían abierto en la pared cuando Lefevre gritaba desde más al fondo:

—¡Por fin!

Una puerta se abrió donde estaba Lefevre. Ante él apareció un robot. La sorpresa le paralizó. No atinó a utilizar sus armas y el robot le aplicó el gas instantáneamente.

Detrás de la máquina, el dueño y señor de los disidentes sonreía satisfecho.

Sin sospecharlo, Lefevre había encontrado el escondrijo de Itaco.

Desde alguna distancia Hund y Grog habían presenciado la escena.

—Esta es la ocasión —exclamó Grog.

La puerta empezaba a cerrarse cuando el robot cargado con el cuerpo de Lefevre se alejaba de la entrada.

Hund, sin pensarlo dos veces, hizo que sus armas vomitaran los rayos letales.

—No dispare contra el robot —advirtió Grog—. Lleva al profesor.

—Lo sé. Intento destruir la puerta. Aquí abajo son muy resistentes...

—Ya me he dado cuenta. Han endurecido el metal. Esto hace gastar demasiado combustible. Tenga cuidado no se quede sin rayos —advirtió el Superior.

La puerta, después de recibir un considerable chorro, comenzaba a desintegrarse. Hund se lanzó hacia delante sin dejar de disparar.

Itaco hizo que todos los robots de que disponía se lanzaran al ataque.

Eran cinco en total, pero Hund y Grog estaban dispuestos a todo. La lucha por la libertad era a muerte.

Hund y Grog entraron disparando sus respectivas armas, mientras los cinco robots soltaban el gas paralizante.

Pero los dos hombres habían tomado la precaución de atacar desde el suelo sorprendiendo a las máquinas y al propio Itaco que no tuvo ocasión de rectificar la posición de sus guardianes.

Abatidos los robots ya sólo quedaba él.

No parecía demasiado preocupado y Hund comprendió por qué.

—Está protegido por un escudo transparente —dijo.

Grog observó la figura de Itaco relativamente cerca, pero dando la impresión de estar proyectada a través de un espejo.

—Mi protección es a prueba de rayos —dijo Itaco—. Estáis en mi poder.

Y en aquel instante hizo que el robot que llevaba el cuerpo de Lefevre se volviera con su carga y se plantara ante ellos.

Nada podían hacer contra la máquina mientras llevase consigo al profesor.

En cambio al robot le sobraban brazos para utilizar uno de ellos y soltar el temible gas.

—¡Salgamos de aquí! —exclamó Grog comprendiendo el peligro.

Con la ventaja de haber destruido la puerta lograron salir antes de que el robot ejerciera su acción paralizante.

—Tiene que haber otra entrada —murmuró Hund.—. Lo tenemos casi cogido.

—Creo que nunca podremos salir de aquí, Hund.

Mire eso —e indicó los robots que se aproximaban ce rrándoles el paso.

Hund pensaba rápidamente en una posible solución.

—¿Puede llamar a su gente?

—Sí, puedo.

—Pues haga que vengan un par de naves y que las lancen contra la gruta. Que lo hagan de prisa. Ahora sabemos que, no tienen defensas suficientes. Itaco está en el último reducto de que dispone, y nosotros sólo necesitamos ganar tiempo.

—No serviría de mucho. Los robots nos habrán alcanzado antes de que las naves lleguen.

—¡De todos modos que lo hagan! Pase lo que pase nos buscarán... Y si es demasiado tarde, por lo menos lo habremos intentado todo.

—Le admiro, Hund. No teme usted a nada. Si esto acaba bien, nadie en todo el planeta podrá pagarle lo que está haciendo.

—No pierda tiempo, Grog.

El Superior empezó a transmitir rápidamente. Los robots se aproximaban.

Por el otro lado, la máquina portadora del cuerpo de Lefevre se aproximaba también.

Cada segundo acortaba sus vidas.

Hund se lanzó hacia adelante.

—¡Nos abriremos paso! —y comenzó a disparar una vez más las dos armas llenando el estrecho corredor de rayos que iban haciendo mella en las máquinas.

Grog hacía lo propio.

Pero el fuego producía nuevos desprendimientos y parte del corredor quedó bloqueado.

Pudieron salir de las últimas erosiones, pero al llegar a una de las salas la techumbre se vino abajo.

—¡Cuidado, Grog! Esto se hunde.

—Por ahí.

Algunos robots habían quedado apresados entre gruesas y poderosas rocas.

De alguna parte surgieron nuevas explosiones.

—No pueden ser las naves. No han tenido tiempo de llegar —dijo el Superior.

El suelo, por debajo sus pies, temblaba ostensiblemente. Una tremenda explosión levantó parte de la base.

—¡Es un volcán! ¡Esto está construido sobre un volcán! —adivinó Hund.

—Nunca ha dado señales de vida. Conocemos las existencias de los volcanes, pero...

No pudo terminar porque otro estampido arrancó de cuajo una pared de roca dejando al descubierto la estancia de Itaco.

Todo estaba temblando en aquellos momentos. Itaco, cogido de improvisto, se hallaba ante ellos sin ninguna protección. Peto en sus manos llevaba un arma.

No era momento de pronunciar palabras. Itaco iba a disparar.

Hund se lanzó al suelo disparando sus armas. Una de ellas soltó el rayo, pero la otra se había agotado.

Itaco se había lanzado al suelo al tiempo que disparaba a su vez.

El fuego pasó muy cerca de los dos hombres sin alcanzarles.

Grog rodó sobre su cuerpo para variar de posición y disparar a su vez.

Hund trataba inútilmente de hacer fuego con la única pistola útil, pero también había agotado el combustible.

En aquel instante el rayo de Grog alcanzó un punto determinado y surgió una explosión. El suelo de la estancia de Itaco se hundió estrepitosamente entre una enorme humareda.

El dueño y señor de aquellos dominios lanzó un grito indescriptible mientras los aparatos y su cerebro rector se autodestruían hundiéndose con él mezclados con partículas de roca.

De las entrañas de Kerko surgió otra clase de fuego.

—¡Hay que salir de aquí! El volcán ha entrado en erupción —dijo Grog, mientras Hund corría para rescatar a Lefevre.

Fue entonces cuando parte de la pared se hundió a. su paso y Hund quedó apresado por el peso de una gran piedra.

Ni siquiera pudo luchar porque perdió la noción de las cosas, mientras su cuerpo comenzaba a sangrar copiosamente.

* * *

Los robots atacantes, perdida su fuerza motriz habían sido presa fácil de las defensas de Kerko.

Aquella guerra indescriptible había concluido con la destrucción total del poder invasor.

En uno de los hospitales, Lefevre se estaba reponiendo. Tenía a su lado a Lara que le estaba diciendo:

—Ahora no debes preocuparte. Estás débil. Han tardado mucho tiempo en extraerte el gas y dicen que esto debilita.

—Sí, sí, pero ¿y Hund? ¿Dónde está Hund?

—Están haciendo todo lo que pueden. Quedó atrapado por unas rocas y ha perdido mucha sangre.

En efecto. Hund estaba tendido en una de las mesas del quirófano. A su lado, en otra mesa, Grog le estaba dando sangre en presencia de su hija que trataba de dominar su preocupación o su dolor.

Todos los rostros estaban serios, pendientes de aquella transfusión.

—Suficiente —dijo el médico y en seguida desconectaron el aparato extractor.

Hund comenzaba a reaccionar. El color había vuelto a su rostro y su respiración se hacía más normal.

Ilana, que había sido la primera en ofrecer su sangre, se hallaba todavía ligeramente mareada. Le habían extraído una gran cantidad, y ahora, de la cámara contigua avanzaba hacia el quirófano en el momento en que la hija de Grog salía sin poder disimular su angustia.

—¿Qué ocurre? —inquirió Ilana—. ¿Es que algo va mal?

La hija de Grog se la quedó mirando en silencio, y al fin replicó:

—No se preocupe. Huryd se salvará. El que va a morir es mi padre.

—¿Por qué?

—Aunque físicamente seamos parecidos —explicó la muchacha— nuestra constitución es diferente. Nuestra sangre es irremplazable.

—¿Cómo...?

—En Kerko tenemos otros sistemas para salvar una vida, pero no eran aplicables a Hund... El es terrícola,

aunque sus antepasados fueran de este planeta. Necesita la sangre para vivir. La suya y la de mi padre indistintamente. Había que dársela, y no había nadie más.

—Lara... —empezó la muchacha.

—La sangre de Lara no servía y Lefevre estaba bajo los efectos del gas. La transfusión era urgente... Su sangre, Ilana, no fue suficiente... Mi padre no quiso que Hund muriera. Eso es todo.

—¿Y le ha dado su sangre sabiendo que...?

—Sí, Ilana. Se la ha dado sabiendo que iba a morir.

—Pero...

—Ha sido su voluntad...

* * *

Grog estaba realmente débil, pero tenía las fuerzas suficientes para hablar. Hund, más reanimado, podía también escuchar y replicar.

—Grog... ¿Sabe lo que ha hecho? Usted no podía... Conozco el sistema... Sé que nadie puede perder sangre y... —decía Hund.

El Superior le atajó con un ademán.

—Cuando usted llegó, Hund, yo supe que había llegado mi hora. Tarde o temprano debía morir por lo que hizo un antepasado mío.

—Le dije que aquello ya estaba olvidado —replicó Hund.

—Sí, Hund. El tiempo nos ha vuelto mejores a todos.

Y tú estabas incluso dispuesto a morir por Kerko. Justo es que si alguien tiene que salvarse seas tú...

—No a ese precio.

—Es lo noble, Hund. Un antepasado mío hizo daño a los tuyos. Tú has devuelto bien por mal. Y yo... debo pagar.

—No, Grog...

—Es ya tarde. Me siento demasiado débil para seguir hablando.

—¡Tiene que haber algún medio!

—Tú sabes que no. —Y Grog volvió el rostro, perdía sus fuerzas por momentos. Su fin estaba ya próximo, pero se sentía feliz. Sumamente feliz...

La gente trabajaba contenta reconstruyendo las ciudades. El peligro había desaparecido y se vislumbraba una nueva era de paz.

La erupción volcánica había cesado configurando aquel sector de

forma distinta y borrando todo vestigio de lo que había sido.

Nada era igual. Y lo que antes había sido guarida de los disidentes, ahora era un lugar diferente, desconocido por completo.

Bajo el azulado y reluciente firmamento patrullaban rutinariamente las naves triangulares.

Sí. Grog tenía motivos para abandonar el planeta, sintiéndose feliz.

* * *

Ahora ya todo queda atrás.

Lefevre trabaja en los laboratorios asimilando las nuevas técnicas que por capacidad e inteligencia le resultan sumamente fáciles. A menudo no puede más y exclama:

—¡Y cómo no se nos había ocurrido esto en la Tierra! Si es lo más elemental.

Luego dice a Lara, su inseparable compañera.

—Algún día tenemos que volver... Explicar estas maravillas. Hacer que comprendan muchas cosas que son tan fáciles y... —Pero luego le absorbe el trabajo. Le agrada vivir en Kerko y sigue...

—Bueno, sí... Quizá no me creerían. De todos modos algún día me iré a dar una vuelta por la Tierra.

Waldin Hund se siente bien en Kerko. Respira el aire de sus antepasados y ahora lleva sangre directa. La sangre de Grog...

—Si algún día añoras la Tierra, Ilana, te llevaré a ella.

Pero Ilana contesta siempre invariablemente:

—Solo la añoraría si me faltaras tú. Teniéndote a mi lado no carezco de nada. Y esto... es tan maravilloso.

—Sí. Kerko es realmente maravilloso, y hay paz y libertad...

FIN